



HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 251
Junio 2024



Mi corazón es tuyo



Reproducción

Alegraos, oh almas que amáis a Jesús

Alegraos, pues, oh almas que amáis a Jesús. *Ecce sponsus venit* —«¡Que llega el Esposo!» (Mt 25, 6). Esposo de toda esta pía obra de los intereses del Corazón de Jesús, que empezó en las chozas de los pobres, que siguió con la salvación de las huérfanas y de los huérfanos abandonados, y que se desarrolló con la rogación evangélica de su divino Corazón, y con la Hijas del Divino Celo de su Corazón. Esposo celestial y dilecto de toda alma que en estos humildes institutos permanece pura por la gracia del Señor, y tiene una centella de amor a Jesús, Sumo Bien, con un continuo deseo y esfuerzo de crecer en este amor divino. Amantísimo Esposo de toda alma, que en estos institutos comprende su finalidad y la corres-

ponde, es decir, la caridad y el celo, ocupándose vivamente de todos los intereses del Sacratísimo Corazón de Jesús, especialmente para que la Santa Iglesia reflorezca en toda santidad y en toda salvación de las almas, mediante la multiplicación de los sacerdotes elegidos, implorando por ellos incesantemente a la divina Bondad, y haciéndoles implorar por todos, en obediencia a aquel divino mandato: *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam* —«Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (Mt 9, 38).

SAN ANÍBAL MARÍA DI FRANCIA.

Carta circular a la comunidad,
de 12/5/1911.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 251, Junio 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

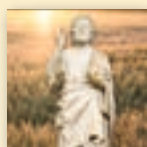
Escriben los lectores 4

«Metacordia» (Editorial) 5



La voz de los Papas –
Necesidad de la expiación

6



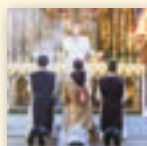
Comentario al Evangelio –
El hombre fue hecho para Dios,
y no Dios para el hombre

8



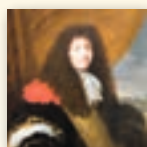
Una súplica hecha por Dios

18



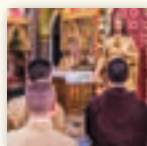
Promesa de un Corazón
abrasado de amor

22



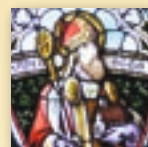
«Haz saber al primogénito
de mi Corazón...»

26



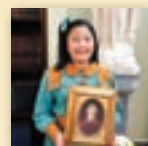
Rey y centro de los
corazones

28



San Otón de Bamberg –
De canceller de Lucifer a
embajador de Cristo

32



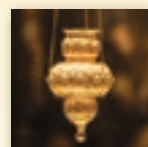
Donde haya alguien en
dificultad, ahí estará
Dña. Lucilia

36



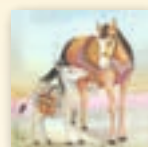
Heraldos en el mundo

40



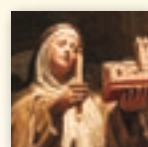
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

44



Historia para niños... –
Un burro... ¡burro de
verdad!

46



Los santos de
cada día

48



Plinio y el Corazón de Jesús

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

EDICIÓN FORMATIVA, CLARA Y PROPICIA A LA GRACIA

La revista de enero —sobre el libro del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, *Revolución y Contra-Revolución*— es increíblemente formativa, clara y principalmente riquísima en gracias del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María.

Que la Santísima Virgen se sirva ampliamente de este medio para tocar los corazones, a fin de recibir las luces que necesitan para adherirse a las verdades divinas.

Ana Carla Matos
Vía revista.arautos.org

IMPORTANTE PARA QUIEN QUIERA ENTENDER LA SITUACIÓN ACTUAL

Quería felicitar a todo el equipo que hace posible la revista *Heraldos del Evangelio*. ¡Las ediciones de enero y febrero de 2024 han sido fenomenales! Revistas cargadas de conocimiento, que nos llevan a amar más profundamente a nuestra Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Empezando por la contraportada de enero: «Habéis nacido precisamente para los tiempos en que vivimos; vuestra vocación es exactamente la lucha espiritual». Seguida por, pudiésemos decir, una guía amena y, a la vez, profunda del libro *Revolución y Contra-Revolución* del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. Una obra tan importante para la vida y el apostolado de todo Heraldo del Evangelio y de todo cristiano que quiera entender la situación actual y defender a la Iglesia en tan duras situaciones en que vivimos.

Luego, la edición de febrero, no menos especial, en donde cada artículo nos sumerge en los imponderables de la belleza de nuestra Santa Iglesia, llamándonos a conocerla, amarla y servirla.

¡Cuántas gracias a través de estas lecturas! ¡Que Dios les recompense por todo este apostolado!

Hengil Mosquera
Houston — Estados Unidos

EJEMPLO DE DEDICACIÓN Y AMOR PARA LOS CATÓLICOS

El artículo «San José Vaz – La epopeya de un esclavo de María», autoría del P. Colombo Nunes Pires, EP, es una hermosa y santa historia de amor y dedicación a la Santa Iglesia, a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Virgen y a las almas sufrientes y necesitadas, como fue la vida de ese sacerdote del Dios Altísimo.

Bien podría inspirar no sólo los corazones tibios de tantos católicos, sino también reavivar la llama de la fe, la esperanza y la caridad en los pastores infieles de este siglo de impiedad y apostasía. ¡Viva Cristo Rey!

María Goretti Perdigão Pereira
Vía revista.arautos.org

SAN JOSÉ, EJEMPLO DE CÓMO SER PADRE EN NUESTROS DÍAS

Qué bien se ha trazado en el artículo «La paternidad de San José prefigurada en el Antiguo Testamento – San José, ¡el padre perfecto!», con datos históricos, la figura del santo del silencio, donde todas sus acciones estaban encaminadas a acatar el plan divino, como una imitación del «hágase» de María, pero expresado sólo en obras.

Hoy día resulta muy útil recuperar el concepto de un buen padre de familia y ver que la familia no se estructura en función de relaciones de conflicto, sino que es una comunidad unida por el amor mutuo, a ejemplo del amor marital de Cristo con su Iglesia. Lo que tan claramente nos enseña Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, al proporcionar en este artículo la clave para los padres de hoy: San José, el héroe de la confianza, maestro de vida interior y el modelo más grande, que cumplió su

papel paterno con el objetivo de hacer la voluntad del Padre.

María Ascensión Simón Paricio
Vía revistacatolica.org

VALIOSA CONTRIBUCIÓN AL CONOCIMIENTO

Me ha encantado la calidad del contenido del artículo «San Claudio La Colombière – Siervo fiel y amigo perfecto del Sagrado Corazón», autoría de la Hna. Juliane Vasconcelos Almeida Campos, EP. El enfoque perspicaz y la riqueza de información vuelven a la lectura envolvente.

Felicitaciones por su excepcional trabajo, es evidente su compromiso con la excelencia. Ese artículo es una valiosa contribución al conocimiento.

Josué Toledo
Vía revista.arautos.org

EXPERIENCIA INFORMATIVA E INSPIRADORA

¡Qué placer encontrar el artículo «Siervo de Dios Marcelo Van, CSSR – Apóstol del amor en Vietnam», escrito por la Hna. Elizabeth Verónica MacDonald, EP! La profundidad del contenido y la claridad de la exposición hacen que la lectura sea enriquecedora.

Felicitaciones por su dedicación a la calidad, que brinda una experiencia informativa e inspiradora. Ese artículo es, sin duda, un referente sobre el tema tratado.

Erick Alves
Vía revista.arautos.org

«AGRADEZCO QUE COMPARTAN ESTE TIPO DE INFORMACIÓN»

Muy interesante la historia narrada en el artículo «La inmaculabilidad personificada», de la edición de diciembre de 2023, autoría de Plinio Bosco. No la conocía y agradezco mucho que compartan este tipo de información.

Bendiciones y saludos cordiales.

Marisol
Vía revistacatolica.org

«METACORDIA»

En la aurora de su vida pública, Jesús proclamó: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. *Convertíos* y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15). He aquí el anuncio de una nueva era de Redención, seguida de una efectiva conversión o *metanoia*, según los textos primitivos.

En realidad, este vocablo griego evocaba, en sus orígenes, a un *cambio de mentalidad*. Está claro que el Señor no demandaba una especie de «conversión filosófica», sino más bien una total transformación del ser y un desapego de este mundo (cf. Rom 12, 2), para que así cada cual se volviera una «criatura nueva» (2 Cor 5, 17).

Ya en la profecía de Ezequiel encontramos una de las metáforas más excelsas para expresar tal transfiguración: «Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne» (36, 26). Ahora bien, el vaticinio avanza *in crescendo*, como diciendo: «Más que renovar tu corazón, yo, el Señor, penetraré hasta tus entrañas para infundir mi espíritu en ti; finalmente, pondré mi Corazón en el lugar del tuyo». Se trata, por tanto, de un auténtico «trasplante» de corazones, que podríamos denominar «metacordia».

Cabe señalar que el Señor no promete sustituir nuestro corazón de carne por otro «espiritual», sino que asegura que nuestro corazón de piedra se «encarnará», es decir, se hará «flexible» a la voluntad divina. En el pensamiento de San Agustín, esto significa dejar que el amor de Cristo sea más íntimo que lo que hay de más íntimo en nosotros mismos —*interior intimo meo*.

El divino Maestro ha invitado repetidamente a ese intercambio de corazones. No obstante, las respuestas fueron contrastantes, como se verifica en la Última Cena. Por una parte, Juan se inclina amorosamente sobre el pecho de Jesús; por otra, el traidor vende su propio corazón a Satanás: «El diablo había suscitado *en el corazón* de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo» (Jn 13, 2).

Muchos santos siguieron la referida vía joánica. Baste mencionar a la cisterciense Santa Lutgarda, a quien Dios en una aparición le preguntó: «Entonces, ¿qué quieres?». Ella le dijo: «Lo que yo quiero es tu Corazón». Y el Señor le respondió: «Yo soy quien quiere aún más tu corazón».

También la benedictina Santa Gertrudis fue agraciada con el don de la «metacordia», de modo que pudiera proclamar: «Tú me lo diste [el Corazón de Jesús] gratuitamente o lo cambiaste por el mío, como prueba aún más evidente de tu tierna intimidad». Tal era la «fusión» de corazones entre ambos que la iconografía registró las palabras de Cristo: *In corde Gertrudis, invenietis me* —En el corazón de Gertrudis, me encontraréis.

En contrapartida, los precitos, hijos de Judas, han intentado por todos los medios obliterar esta «metacordia» introduciendo falsos modelos de corazón —como los de los revolucionarios Marat y Lenin—, o realizando «microcirugías» para inocular el sentimentalismo analgésico o formas anestesiadas de piedad en la grey del Señor.

Ante esta «sangría» del fervor en ciertos sectores del catolicismo, los hijos de las tinieblas se regocijan por una supuesta victoria. Sin embargo, no cuentan con la más poderosa de todas las armas: la santa misa. En la renovación de la postrera convivencia ocurre la más sublime «metacordia», cuando el Corazón de Jesús desciende para que el corazón del sacerdote, cual nuevo Juan, se eleve: ¡corazones hacia lo alto! ✧



Hermanas rezando al Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Caieiras (Brasil)

Foto: María José Félix



Necesidad de la expiación

Jesucristo, que todavía en su Cuerpo Místico padece, desea tenernos por socios en la expiación. Necesario es que lo que padezca la cabeza lo padezcan con ella los miembros.

Nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, en su encíclica *Annum Sacrum*, admirando la oportunidad del culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, no vaciló en escribir: «Cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen, sufría la opresión del yugo de los Césares, la cruz, aparecida en la altura a un joven emperador, fue simultáneamente signo y causa de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Otro signo se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo: el Sacratísimo Corazón de Jesús con la cruz superpuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido candor. En Él han de colocarse todas las esperanzas; en Él han de buscar y esperar la salvación de los hombres». [...]

Así, con la gracia de Dios, la devoción de los fieles al Sacratísimo Corazón de Jesús ha ido de día en día creciendo; de aquí aquellas piadosas asociaciones, que por todas partes se multiplican, para promover el culto al Corazón divino; de aquí la costumbre, hoy ya extendida por todas partes, de comulgar el primer viernes de cada mes, conforme al deseo de Cristo Jesús. [...]

El deber de la expiación

Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del

Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación. [...]



En el Corazón de Jesús, con la cruz superpuesta y resplandeciendo entre llamas, hemos de buscar la salvación de los hombres

Sagrado Corazón de Jesús -
Iglesia de Todos los Santos, St. Peters
(Estados Unidos)

Este deber de expiación a todo el género humano incumbe, pues, como sabemos por la fe cristiana, después de la caída miserable de Adán el género humano, inficionado de la culpa

hereditaria, sujeto a las concupiscencias y míseramente depravado, había merecido ser arrojado a la ruina sempiterna.

Soberbios filósofos de nuestros tiempos, siguiendo el antiguo error de Pelagio, esto niegan blasonando de cierta virtud innata en la naturaleza humana, que por sus propias fuerzas continuamente progresa a perfecciones cada vez más altas; pero estas inyecciones del orgullo rechaza el Apóstol cuando nos advierte que «éramos por naturaleza hijos de ira» (Ef 2, 3). [...]

Unidos al sacrificio de Cristo

Mas, aunque la copiosa Redención de Cristo sobreabundantemente «perdonó nuestros pecados» (Col 2, 13); pero, por aquella admirable disposición de la divina Sabiduría, según la cual ha de completarse en nuestra carne lo que falta en la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 1, 24), aun a las oraciones y satisfacciones que Cristo ofreció a Dios en nombre de los pecadores podemos y debemos añadir también las nuestras.

Necesario es no olvidar nunca que toda la fuerza de la expiación pende únicamente del cruento sacrificio de Cristo, que por modo incruento se renueva sin interrupción en nuestros altares; pues, ciertamente, «una y la

misma es la hostia, el mismo es el que ahora se ofrece mediante el ministerio de los sacerdotes que el que antes se ofreció en la cruz; sólo es diverso el modo de ofrecerse»;¹ por lo cual debe unirse con este augustísimo sacrificio eucarístico la inmolación de los ministros y de los otros fieles para que también se ofrezcan como «hostias vivas, santas, agradables a Dios» (Rom 12, 1). [...]

Y cuanto más perfectamente respondan al sacrificio del Señor nuestra oblación y sacrificio, que es inmolar nuestro amor propio y nuestras concupiscencias y crucificar nuestra carne con aquella crucifixión mística de que habla el Apóstol (cf. Gál 5, 24), tantos más abundantes frutos de propiciación y de expiación para nosotros y para los demás percibiremos.

La pasión de Cristo se renueva en la Iglesia

Hay una relación maravillosa de los fieles con Cristo, semejante a la que hay entre la cabeza y los demás miembros del cuerpo, y asimismo una misteriosa comunión de los santos, que por la fe católica profesamos, por donde los individuos y los pueblos no sólo se unen entre sí, mas también con Jesucristo, que es la cabeza. [...]

Añádase que la pasión expiadora de Cristo se renueva y en cierto modo se continúa y se completa en el Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Pues sirviéndonos de otras palabras de San Agustín: «Cristo padeció cuanto debió padecer; nada falta a la medida de su pasión. Completa está la pasión, pero en la cabeza; faltaban todavía las pasiones de Cristo en el cuerpo».²

Nuestro Señor se dignó declarar esto mismo cuando, apareciéndose a Saulo, «que respiraba amenazas y muerte contra los discípulos» (Hch 9, 1), le dijo: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9, 5); significando claramente que en las persecuciones contra la Iglesia es a la



Romary (CC BY-SA 3.0)

Crece la maldad de los hombres, pero crece también el número de los que procuran satisfacer al Corazón divino las ofensas que se le hacen

Santa María Magdalena lleva a Francia a los pies del Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de San Eutropio, Clermont-Ferrand (Francia)

cabeza divina de la Iglesia a quien se veja e impugna.

Con razón, pues, Jesucristo, que todavía en su Cuerpo Místico padece, desea tenernos por socios en la expiación, y esto pide con Él nuestra propia necesidad; porque siendo como somos «cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte miembro» (1 Cor 12, 27), necesario es que lo que padezca la cabeza lo padezcan con ella los miembros. [...]

Necesidad de reparación

Cuánta sea, especialmente en nuestros tiempos, la necesidad de esta expiación y reparación, no se le ocultará a quien vea y contemple este mundo, como dijimos, «en poder del Maligno» (1 Jn 5, 19). [...]

Forman el cúmulo de estos males la pereza y la necesidad de los que, durmiendo o huyendo como los discípulos, vacilantes en la fe miseramente desamparan a Cristo, oprimido de angustias o rodeado de los satélites de Satanás. [...]

Las palabras del Apóstol: «Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20), de alguna manera se acomodan también para describir nuestros tiempos; pues si bien la perversidad de los hombres sobremanera crece, maravillosamente crece también, inspirando el Espíritu Santo, el número de los fieles de uno y otro sexo, que con resuelto ánimo procuran satisfacer al Corazón divino por todas las ofensas que se le hacen, y aun no dudan ofrecerse a Cristo como víctimas. ✧

Fragmentos de: PÍO XI.
Miserentissimus Redemptor,
8/5/1928.

¹ CONCILIO DE TRENTO. *Sesión XXII*, c. 2.

² SAN AGUSTÍN. *Enarratio in psalmum LXXXVI*, n.º 5.

EVANGELIO

²³ Sucedió que un sábado atravesaba Jesús un sembrado, y sus discípulos, mientras caminaban, iban arrancando espigas. ²⁴ Los fariseos le preguntan: «Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?». ²⁵ Él les responde: «¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre, ²⁶ cómo entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la proposición, que sólo está permitido comer a los sacerdotes, y se los dio también a quienes estaban con él?». ²⁷ Y les decía: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; ²⁸ así que el Hijo del hombre es Señor también del sábado».

^{3,1} Entró otra vez en la sinagoga y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. ² Lo estaban observando, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo.

³ Entonces le dice al hombre que tenía la mano paralizada: «Levántate y ponte ahí en medio». ⁴ Y a ellos les pregunta: «¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?». Ellos callaban. ⁵ Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón, dice al hombre: «Extiende la mano». La extendió y su mano quedó restablecida. ⁶ En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con Él (Mc 2, 23-3, 6).



Francisco Lecaros

«Beau Dieu» - Catedral de Notre Dame d'Amiens (Francia)

El hombre fue hecho para Dios, y no Dios para el hombre

La ridícula interpretación farisaica de la ley de Moisés pone en evidencia el error, de funestas consecuencias, que el hombre comete cuando substituye a Dios por las criaturas.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I – ¿DÓNDE ENCONTRAR AL ABSOLUTO?

¿Quién de nosotros no ha hecho, durante su infancia, el experimento de plantar, por ejemplo, una habichuela y cubrirla con una caja de cartón a la cual se le abre un orificio en el lado opuesto adonde está plantada la semilla? De vez en cuando —dependiendo del grado de curiosidad de cada niño— se levanta un poco la caja, se riega un tanto y, sobre todo, se verifica si está naciendo algo o no... Poco a poco, la legumbre germina, aparece el primer brote y —¡oh, sorpresa!— el tallo, que se erguía recto, se inclina buscando la luz. Y, con el paso de los días, se tiene la alegría de ver cómo la nueva planta dio una larga vuelta para encontrar la abertura de la caja y salir.

En botánica, a este fenómeno se le denomina heliotropismo, término de origen griego que significa movimiento en busca del sol. Esto es más fácil de comprobar en el hemisferio norte, donde las estaciones del año son muy definidas. Cuando llega la primavera, basta que la tierra se incline un poco en dirección al sol para que todos los árboles, resecaos por el frío del invierno, reverdezcan y el follaje comience a desarrollarse con exuberancia. Éste se mantiene siempre orientado hacia la luz, para recibir los rayos del astro rey, y es curioso notar que no hay ninguna hoja caprichosa o rebelde que se esconda de su influjo.

Creados para amar y conocer al Infinito

Ahora bien, Dios puso ante nuestros ojos al reino vegetal tan ordenado para simbolizar una aspiración —mucho más elevada y noble— que existe tanto en el ángel como en el alma humana, y a la que podríamos llamar «teotropismo», orientación hacia Dios. En efecto, desde los primeros destellos de la razón, la mirada del hombre está a la búsqueda del Absoluto. Usando un lenguaje metafórico, diremos que nuestro corazón está creado con una ventana abierta hacia el infinito, que lo impele continuamente hacia la verdad, el bien y lo bello; de lo contrario, nos sería imposible pretender cualquier fin sobrenatural.

El Señor nos hizo así para que sintamos nuestra insuficiencia y reconozcamos que estamos sujetos a alguien muy superior. Y por más que haya quien se declare ateo, no es real que se baste a sí mismo hasta el punto de vivir totalmente desconectado de ese deseo de Dios. Siempre que el hombre no ponga obstáculos y sea fiel a esa apetencia natural, será justificado, es decir, logrará efectos idénticos a los del Bautismo sacramental.² Es lo que encontramos en la historia de ciertos santos, entre ellos la africana Santa Josefina Bakhita: ignorando la religión católica durante el primer período de su existencia, se preguntaba quién sería el Creador del sol, de la luna y de las estrellas, y se alegraba

*Hecho para
conocer y amar
al Infinito y
ser conocido
y amado por
Él, el hombre
sólo obtendrá
la felicidad
plena en la
entrega a Dios*

*Ante nosotros
hay dos
caminos:
transformar en
ídolo aquello
que es relativo
o abrazar
al Absoluto
verdadero,
que es Dios,
confesando
nuestra
contingencia
con relación
a Él*

en rendir homenaje a ese gran «patrón»³ del universo, como ella lo llamaba. Hechos para conocer y amar al Infinito y ser por Él conocidos y amados, sólo obtendremos la felicidad plena en la entrega a Dios, porque ninguna otra criatura a la que amemos ni actividad que desempeñemos nos colmará de satisfacción.

¿Cómo se explica entonces que sean tantos los que se precipitan en los abismos del pecado? Eso se debe a una ilusión, pues, de sí, el hombre es incapaz de practicar el mal por el mal o el error por el error.⁴ Cuando una persona se abandona a un placer pecaminoso —por lo tanto, prohibido por la ley de Dios—, o hasta cuando comete un delito, en el fondo juzga que por ese medio está alcanzando algún tipo de felicidad.

Dos caminos ante el hombre

Hay un momento determinado en nuestra vida en el que se abren dos caminos delante de nosotros: transformar en ídolo aquello que es relativo —la carrera, el dinero, las relaciones sociales—, o abrazar al Absoluto verdadero, que es Dios, confesando nuestra contingencia con relación a Él. He aquí lo que mantiene la salud del alma, e incluso la del cuerpo...

En el campo sobrenatural, cuanto más amo, más se dilata mi apetito, hasta alcanzar dimensiones inimaginables. Así sucedió con María Santísima, en quien el incendio de amor divino ya no tenía proporción con esta tierra y pasó de esta vida para la otra.

En el extremo opuesto, cuando alguien retira a Dios del centro de sus pensamientos y de su afecto y toma a una criatura como absoluto, pierde el equilibrio, el corazón se hace insensible a Dios, la inteligencia se ofusca y la persona se dedica únicamente a lo concreto y material. La gula insaciable de gloria, de satisfacer la vanidad personal, de llamar la atención sobre sí mismo, de gobernar, de ser elogiado y aplaudido proporciona una felicidad fragmentada, pero igualmente acaba introduciendo en el alma una enfermedad espiritual que, tarde o temprano, acabará en frustración. Le sucederá como a San Pedro al andar sobre el mar: por pensar en sí mismo comenzó a hundirse en las aguas agitadas por el viento (cf. Mt 14, 30).

Esto es lo que veremos reflejado, en el Evangelio del noveno domingo del tiempo ordinario, en la actitud de los fariseos frente al Señor. Se preocupaban con la ley y se olvidaban de mirar hacia Dios, ante quien estaban. ¿Por qué? Porque

el cumplimiento de los preceptos les favorecía, ya que les garantizaba un estatus y les ofrecía la ocasión de ser los primeros de la sociedad. Por consiguiente, no era ni siquiera la ley lo que colocaban en el centro, sino a sí mismos. Es el típico caso de absolutismo espiritual que Jesús va a castigar, usando su divina palabra con violencia.

II – ¿ADORAR EL SÁBADO O ADORAR AL SEÑOR EN SÁBADO?

²³ Sucedió que un sábado atravesaba Jesús un sembrado, y sus discípulos, mientras caminaban, iban arrancando espigas.

El Evangelio nos presenta la poética escena del Señor paseando por un trigal con los Apóstoles, y a éstos en una situación de necesidad: no tenían víveres. El divino Maestro se desplazaba de una aldea a otra, predicando y curando a todos, y sus discípulos, como estaban constantemente alrededor de Él, siendo formados en su escuela, se veían rodeados por la multitud y ni siquiera encontraban tiempo para comer (cf. Mc 3, 20; 6, 31). Para quien viajaba a pie era difícil llevar provisiones y, a veces, se olvidaban de este menester (cf. Mc 8, 14).

En esas circunstancias era legítimo —y hasta permitido por la ley—, al atravesar una plantación, servirse de algo con moderación, sin causar perjuicio al dueño de la propiedad. Si era un campo de trigo, se podían coger espigas sin usar la hoz, y arrancarlas con la mano (cf. Dt 23, 25-26). Consumido habitualmente en Oriente Medio, el trigo integral y crudo es un alimento completo, ya que posee ciertas sustancias que se pierden cuando se produce la harina blanca. Masticar aquellos granos aliviaba un poco el tormento del hambre y daba el vigor suficiente para proseguir el camino, recorriendo muchos kilómetros.

Ante Cristo, antipatía o deseo de seguirlo...

²⁴ Los fariseos le preguntan: «Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?».

El sábado, como consta en la primera lectura (Dt 5, 12-15) de este domingo, era un día santo, o sea, «consagrado al Señor» (Dt 5, 14), y por eso todo israelita debía descansar y abstenerse de trabajar. Sin embargo, los escribas y fariseos habían añadido varias normas que no constaban en la ley de Moisés, entre ellas la prohibición de treinta y



Predicación de Jesús - Iglesia de San Swithun,
East Grinstead (Inglaterra)

nueve tareas.⁵ Si bien que la ley ordenaba reposar el séptimo día, «incluso en la siembra o en la siega» (Éx 34, 21), para los rígidos criterios rabínicos coger unas pocas espigas o hasta unos pocos granos ya significaba violar el sábado.⁶

Al ver a los Apóstoles haciendo eso, los fariseos se quedaron horrorizados, cuando, en realidad, aquella forma de proceder era enteramente normal. Con respecto a esto, San Cirilo de Alejandría llega a ridiculizar a los fariseos, al exclamar: «¿Acaso tú mismo fariseo cuando te sientas a la mesa el sábado, no partes el pan? ¿Por qué entonces acusas a los demás?»⁷ En el fondo, la dificultad de éstos tenía un origen muy anterior a los hechos y no era contra los discípulos, sino contra el Maestro... Al acusarlos, criticaban a Jesús —pues no tenían el coraje de hacerlo directamente—, insinuando que debía tomar medidas para que sus seguidores no cometiesen tal infracción.

Ahora bien, no podemos atribuirles a los Apóstoles un espíritu beligerante, pensando que actuaban de esa manera por el placer de provocar a los fariseos. Preferían no irritarlos ni discutir con ellos, pero en esa ocasión se vieron apremiados por el hambre. Durante sus obligaciones de apostolado habían gastado muchas energías, y ciertamente ya habían excedido la cantidad de pasos estipulada

por el código farisaico, según el cual no era legítimo andar fuera de la ciudad, los sábados, más de dos mil codos, es decir, poco más de un kilómetro.⁸ Por lo tanto, estaban en su derecho, al cruzar aquel lugar donde había trigo, recuperar las fuerzas, conforme la costumbre admitida para los demás días de la semana.

Además, por la fe, los discípulos habían aceptado la divinidad del Señor, y al juzgar que Él estaba por encima de todo, consideraban el resto —las espigas, la ley sabática, los fariseos...— como algo secundario. Les movía un entusiasmo sincero por seguir a quien era lo más importante, asimilar su doctrina y estar en consonancia con su modo de ser. Por ese motivo engañaban al estómago con aquellos granitos de trigo para, libres de las preocupaciones materiales, acompañar a Jesús bien de cerca, a veces lado a lado, con verdadera familiaridad, y no perder ninguna de sus palabras, actitudes o gestos.

El divino Maestro pone a los fariseos en contradicción

²⁵ Él les responde: «¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre, ²⁶ cómo entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la proposición, que sólo está permitido comer a los sacerdotes, y se los dio también a quienes estaban con él?».

En cuanto Dios, Jesús ya había visto esta escena desde toda la eternidad y, además, conocía todo lo que está en las Escrituras, pues es su propio inspirador. Señor de la historia y también divino Instructor, permite el desarrollo de los acontecimientos para enseñar a los hombres. Con ese propósito, la actitud de David estaba destinada a servirle a Él para poner a los fariseos en contradicción consigo mismos en ese momento. Y dejó que los Apóstoles quebrantaran el descanso del sábado para causar un choque y provocar una reacción por parte de los fariseos, que diera lugar a proclamar la verdad, en oposición a la religión inventada por ellos, tan alejada de la auténtica piedad.

No obstante, no imaginemos que el Señor buscaba provocar a los fariseos y a los maestros de

Los discípulos habían aceptado la divinidad del Señor, y al juzgar que Él era superior a todo, consideraban el resto —las espigas, la ley sabática, los fariseos...— como algo secundario

*Así como
los pueblos
antiguos
adoraban
ídolos, los
fariseos
habían
caído en la
insensatez
de erigir lo
relativo en
absoluto,
endiosando
pequeñas
reglas*

Reproducción

la ley para condenarlos; antes bien quería convertirlos y se mostraba caritativo —¡Él es la caridad!—, con la finalidad de curarlos de la terrible enfermedad que padecían: el orgullo. Está claro que poseían una visión limitada de la realidad y bien se les podía aplicar el antiguo adagio oriental: «Cuando el sabio señala la luna, el necio mira al dedo». Así como los pueblos antiguos adoraban ídolos de madera o de metal, ellos caían en la insensatez de erigir lo relativo en absoluto, endiosando aquellas pequeñas reglas, en vez de elevar los ojos y contemplar a Dios. Por eso, el divino Maestro los refutó de manera más incisiva que en otras circunstancias, dándoles un argumento de autoridad, al recordarles un hecho innegable que no quería escuchar en ese momento. Citó el episodio histórico de David, figura máxima para ellos, modelo de rey santo y de profeta.

Cuando David huyó de la ira de Saúl, se dirigió con sus soldados a la ciudad sacerdotal de Nob, donde se encontraba por entonces el Tabernáculo. Al ver que sus compañeros no tenían qué comer, David entró en la casa de Dios y pidió provisiones al pontífice (cf. 1 Sam 21, 16). Sólo había los panes de la proposición ofrecidos al Señor y reservados a los sacerdotes (cf. Lev 24, 59). David, sin embargo, no tuvo reparos ni la más mínima duda: los panes eran de Dios, él y su gente también pertenecían a Dios, ¡todo es de Dios! Al ser un asunto de fuerza mayor, en el que entraba en juego la subsistencia de sus hombres, asumió la responsabilidad y distribuyó los panes. ¿Habría cometido un sacrilegio, un pecado terrible, del

que, por cierto, no consta que después hiciese penitencia? Y, sin duda, comer los panes sagrados era más grave que coger unos granitos de trigo por el camino un día de sábado... Jesús dejaba claro que si en una necesidad extrema, como la de conservar la propia vida, era lícito omitir el cumplimiento de la ley del culto, con más razón lo era en relación con el sábado.

«El hombre ha sido hecho para mí...»

²⁷ Y les decía: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; ²⁸ así que el Hijo del hombre es Señor también del sábado».

Esta afirmación del Señor contiene un interesante principio de moral, que muestra cómo las enfermedades del alma han de ser, en cierto sentido, tratadas como las físicas. Según la sabia tesis de la homeopatía, no existen enfermedades, sino enfermos. Cada individuo es irrepetible y tiene que ser estudiado en función de su organismo, psicología y reactividad. En la moral hay, sin duda, reglas fijas e inmutables, pero es necesario analizar bien los hechos y las circunstancias. Un confesor con experiencia, por ejemplo, es aquel que, con su discernimiento de espíritus, penetra y sabe tratar la conciencia del penitente como si fuese única, distinguiendo cuál es la orientación conveniente y la ocasión propicia para ello.

En concreto, el caso de los Apóstoles arrancando las espigas debía ser considerado excepcional, porque estaban sirviendo al autor y Señor de la ley, el Creador del trigo, de ellos mismos y hasta de los fariseos: Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Al ser Él la justicia y la ley en sustancia, era el criterio absoluto, y debían actuar de acuerdo con la moral que Él les prescribía en ese momento. ¿Por qué tenían que cumplir las reglas prescritas por los fariseos?

Esto muestra la inimaginable libertad de que gozan los justos al entrar en el Cielo, pues allí no sólo están ante la humanidad santísima de Cristo, sino que ven a Dios cara a cara, «tal cual es» (1 Jn 3, 2). Por la visión beatífica participan de la propia libertad de Dios, pues Dios es la libertad, conforme escribe San Pablo: «donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Cor 3, 17). Comprendamos, también nosotros, que para ser plenamente libres es necesario llegar a la gloria de la contemplación divina. Locos son aquellos que buscan la libertad «como tapadera para el mal»

Detalle de «Jesús entre los doctores», de David Teniers el Joven - Museo de Historia del Arte, Viena



(1 Pe 2, 16), pues abrazan, eso sí, la esclavitud que conduce al infierno.

Cuando declaró a los fariseos: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado», era como si les dijese: «El hombre ha sido hecho para mí y no para el sábado». En verdad, ese día de la semana todo dedicado al Señor fue establecido para que el pueblo lo viviese en función de Él. La alianza firmada por Dios con Israel, al entregarle las tablas de piedra con el decálogo, así como las promesas hechas antes a los patriarcas, concernían al hombre y no a la institución del sábado, y solamente vendrían a realizarse en su plenitud en Jesucristo y en la Iglesia Católica Apostólica Romana por Él fundada.

De este modo, Jesús mostraba a los fariseos su divinidad y los invitaba a aceptarlo. «El reposo sabático —afirma el P. Tuyá— es de institución divina (Gén 2, 23). Proclamarse “Señor del sábado” es proclamarse “dueño” de su legislación, de su institución; es proclamarse dueño del mismo. Moisés legisló esto en nombre de Dios. Pero Cristo no se pone en la línea de Moisés, sino en el mismo “señorío” de la legislación del sábado. Si Dios es el “dueño” del sábado, y Cristo es el “Señor” del sábado, Cristo se está proclamando, por lo mismo, Dios».⁹

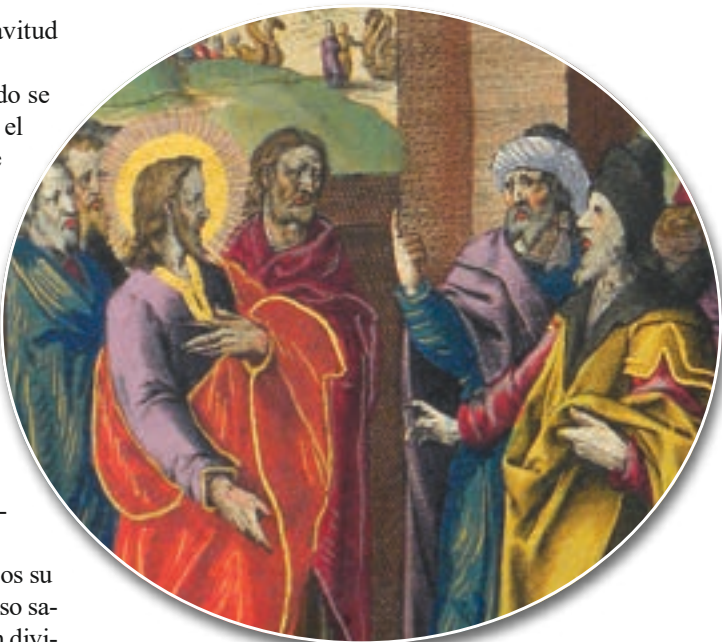
Entonces, ¿quién violaba la ley del sábado? ¡Los fariseos! Sí, aquellos que recriminaban a los Apóstoles cometieron un verdadero delito: no quisieron adherirse al Señor, lo negaron y no comprendieron cómo deberían proceder el sábado. Su principal error fue haber sido ciegos ante los signos evidentes de que Él era el Mesías. No lo percibieron porque eran materialistas, naturalistas, relativistas y ególatras. Así, se excluyeron de la alianza y despreciaron las promesas...

Imposibilitado de actuar, pero confiando en Jesús

^{3,1} Entró otra vez en la sinagoga y había allí un hombre que tenía una mano paralizada.

² Lo estaban observando, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo.

Los sábados los judíos llenaban la sinagoga y allí permanecían quietos, evitando cualquier esfuerzo que quebrantase la ley sabática. Cuando Jesús llegó, ciertamente se hizo un profundo silencio. Todos se preguntaban qué sucedería y Él se puso a enseñar (cf. Lc 6, 6a).



Francisco Lecaros

Jesús discute con los fariseos - Biblioteca del monasterio de Yuso, San Millán de la Cogolla (España)

Estaba allí un hombre que tenía una mano paralizada, la derecha, según San Lucas (cf. Lc 6, 6b). La mano es un miembro muy importante, utilísimo, que le da a la criatura humana una superioridad de acción sobre los animales, aun sobre los más hábiles. Con las manos el hombre ejecuta tareas con extraordinaria precisión, es capaz de tocar instrumentos magníficos, como el arpa, el órgano, el violín, de producir bellas obras artísticas y de realizar los quehaceres cotidianos. Tener la mano paralizada significa, por lo tanto, inoperancia e inutilidad. Aquel hombre se sentía, sin duda, inferior, por no poder trabajar con desenvoltura para ganar el pan y sustentar a su familia. Sabiendo que Jesús era el Mesías y realizaba milagros, deseaba ardientemente ser curado, y poco le importaba que fuese un sábado o cualquier otro día de la semana. Sin embargo, no osó levantar la voz. Pero Jesús ya había visto desde toda la eternidad su voluntad llena de fe.

También se habían reunido allí los escribas y fariseos que, acariciándose la barba, observaban al divino Maestro para ver si de nuevo violaría el sábado. Tal vez ellos mismos habían llevado al lisiado a la sinagoga, convenciéndolo de que estuviese cerca de Jesús y de que moviese de vez en cuando el brazo, para propiciar que Él tomase la iniciativa de la curación.

*Aquellos que
recriminaban
a los Apóstoles
cometieron
un verdadero
delito: negaron
al Señor
rechazando
los evidentes
signos de
que Él era
el Mesías*

*Conociendo
las malas
intenciones
que
albergaban en
su interior,
el Señor
pretendía
hacer el bien
y darles otra
oportunidad,
con el objetivo
de salvarlos*

Otra oportunidad de conversión rechazada por los fariseos

³ Entonces le dice al hombre que tenía la mano paralizada: «Levántate y ponte ahí en medio». ⁴ Y a ellos les pregunta: «¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?». Ellos callaban.

¿Por qué el Señor colocó al enfermo en medio de ellos? Primero quería llamar la atención de todos los presentes e incluso de sus enemigos. Éstos, sentados en los primeros puestos (cf. Mt 23, 6), al escuchar aquella orden, enseguida se miraron unos a otros, pensando que Jesús —¡por fin!— había caído en la trampa. Pero, aun conociendo las malas intenciones que albergaban en su interior, pretendía hacerles el bien y darles una oportunidad más, con el objetivo de salvarlos. Por ese motivo les planteó un problema que les facilitaba su conversión, y al mismo tiempo creaba la gracia para que admitiesen que habían errado y recibiesen lo que Él ofrecía.

Al preguntar si era lícito, en sábado, hacer el bien o el mal, proponía un asunto nunca antes abordado, pues es evidente que no existen vacaciones para la virtud. Mientras el mal debe ser rechazado siempre, el bien debe ser practicado todos los días de la semana, y más especialmente los sábados, porque era el día del Señor. Los fariseos, por el contrario, siempre procuraban evitar el bien, despreciando «la justicia, la misericordia y la fidelidad» (Mt 23, 23), y por dentro estaban repletos «de robo y desenfreno [...], de hipocresía y crueldad» (Mt 23, 25.28).

Además, socorrer a un animal que se hubiese caído en un pozo o salvar una vida humana en peligro estaba autorizado por el reglamento de los maestros,¹⁰ y muchos de los que se encontraban allí ya habían pasado por situaciones de ese tipo, tranquilizando a continuación su conciencia, a veces por medio de algún donativo, que luego llenaría el bolsillo de los sumos sacerdotes... La expresión «dejarlo morir» hace que el tema sea todavía más desgarrador, pues significaba preguntar: «¿Se debe conceder la vida a alguien o matarlo? ¿Se puede contribuir con un homicidio o es obligatorio interrumpirlo?».

¿Quién se atrevería a pronunciar una palabra? Estaban entre la espada y la pared, y sólo era posible darle la razón al Salvador, pero «ellos callaban».

Ira y tristeza: extremos de un Corazón divino

^{5a} Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón,...

Imaginemos como habrá sido la mirada de Jesús mientras clavaba sus ojos en aquellos hombres de corazón duro, que se obstinaban en rechazar la gracia de Dios. Su falta de fe provocaba la ira de su Sagrado Corazón, lleno de bondad y de amor; ira santa y divina, ira, no obstante, unida a la tristeza y a la pena porque no querían oírlo. Extremos que sólo Dios es capaz.

Por bondad, prefirió envolver el milagro en cierta ambigüedad...

^{5b} ...dice al hombre: «Extiende la mano». La extendió y su mano quedó restablecida.

El Maestro solía obrar los milagros de forma que quedara patente que Él era el autor, para impedir que se formasen falsas ideas sobre el poder de los espíritus o que surgiesen supersticiones. Por eso, al curar al sordomudo le colocó los dedos en los oídos, le ungió la lengua con su propia saliva y ordenó: «“*Effetá*”, esto es, “ábrete”» (Mc 7, 34); quiso tocar a un leproso para purificarlo (cf. Mc 1, 40-42); restituyó la vida a la hija de Jairo cogiéndola de la mano (cf. Mc 5, 41) y al hijo de la viuda de Naín, acercándose, puso los dedos sobre el féretro y le mandó que se levantara (cf. Lc 7, 14), aunque estos contactos significasen adquirir gran cantidad de impurezas.

De igual modo, Jesús podría haber hecho algún esfuerzo, avanzando unos pasos o diciéndole al hombre: «Dame tu mano», apretándola para que fuese curada. Pero, por bondad para con los fariseos, prefirió que la autoría del prodigio quedase un poco ambigua, de manera que no se lo pudiesen atribuir con toda certeza, dejando una duda: quizá había sido el efecto de la fe del curado...

Éste, sí, había movido la mano; ¿pero acaso no tenía derecho de extenderla? ¿Dónde estaba escrito que los sábados se exigía mantener las manos caídas a lo largo del cuerpo o escondidas debajo de la túnica, sin poder levantarlas ni siquiera para espantar un mosquito? Si aquel hombre confiaba en la palabra de Jesús para ser curado, ¿debía esperar hasta el día siguiente, cuando tal vez ya no tuviese otra oportunidad? No había nada que decir...



Reproducción

Jesús cura al hombre de la mano paralizada -
Iglesia de San Martín, Jeumont (Francia)

Ése es el espíritu de los malos...

⁶En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con Él.

¿Cuál fue la respuesta de los fariseos? En lugar de convertirse, se llenaron de odio y organizaron un plan de muerte contra el Salvador. «Como sabían que el sanedrín no podía prenderle en territorio galileo sin el consentimiento del rey Herodes, se entendieron con los herodianos para decidirles a favorecer su complot. Esperaban que ante la instigación de sus cortesanos, Herodes prendería a Jesús».¹¹ No sabemos si estos últimos ya tramaban algo o fueron manipulados por los fariseos. Lo cierto es que, desde el punto de vista político, seguían una ideología completamente opuesta a la de los primeros, con quienes mantenían constantes discusiones. Ellos eran, como indica su nombre, partidarios de la dinastía herodiana y

favorables a la dominación romana, mientras que los fariseos defendían la liberación de Israel. A pesar de eso, a tal grado llegaba la maldad y la dureza de corazón de los fariseos, que preferían avenirse con aquellos «liberales en el orden público, y aun en parte en el religioso»,¹² antes que adherirse al verdadero Mesías. Éste es el espíritu de los malos.

III – ¿TENDRÉ YO LA MANO PARALIZADA?

Considerado místicamente, aquel hombre de la mano paralizada representa, como dice San Beda, «al género humano infecundo para las buenas obras [...], cuya diestra se había secado en su primer padre, cuando cogió el fruto del árbol prohibido».¹³ De hecho, por el pecado de Adán la humanidad se volvió estéril, incapaz de conquistar méritos. Pero fue curada «por la gracia del Redentor cuando extendió sus manos inocentes en el árbol de la cruz».¹⁴ De esta forma, por su Pasión, Jesucristo devolvió a los hombres la posibilidad de dar frutos extraordinarios.

Ahora bien, cuando alguien, habiendo recibido en el Bautismo la «mano» de los dones del Espíritu Santo y de las virtudes teologales y cardinales, no los usa para la glorificación de la Iglesia, ella se paraliza y comienza a proceder de manera indebida, en detrimento del Cuerpo Místico de Cristo. Es lo que sucede a todos los egoístas, a los ególatras, a los que retraen la mano para no ayudar a sus compañeros, a quienes abrazan el pecado: las virtudes ya no operan en beneficio de los demás y todo cuanto hagan será ineficaz. Siembran cactus y cosechan abrojos. Vivirán en la incertidumbre, en la amargura y en la esclavitud, porque Dios no bendice sus obras.

En sentido opuesto, sabemos que el alma de todo apostolado es la vida interior, y ésta, a su vez, se basa en la fe y en la piedad. Entonces, quien está en el punto máximo de su fervor hace surgir la maravilla de una obra misionera fecunda, que podrá nacer hasta en terrenos arenosos. El hombre extiende la mano a los demás y quien da el buen resultado es Dios, conforme las palabras de San Pablo: «Ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que hace crecer» (1 Cor 3, 7).

Por consiguiente, si somos de aquellos cuyos actos tienen consecuencias inútiles, debemos preguntarnos: «¿Tendré yo la mano paralizada?». En

*Al obrar la
curación del
hombre de la
mano seca, el
Señor prefirió
no revelar
la autoría
del prodigio,
como un acto
de bondad
hacia aquellos
hombres de
corazón duro*

Tal era la acción de presencia del Señor que, al manifestarse en público, dividía los campos: quien aceptaba las gracias traídas por Él, enseguida creía; quien las rechazaba, lo odiaba



«Cristo en majestad», de Niccolò di Pietro Gerini - Pinacoteca Antigua, Múnich (Alemania)

ese caso, el único medio para curarla es buscar a Jesús en el templo, acercarnos al altar y pedirle que haga el milagro de transformar nuestra mano inerte, devolviéndole la movilidad. Él no se negará, pues siempre está dispuesto a sanar nuestros defectos morales y a concedernos la necesaria fuerza de alma. Sólo así nos convertiremos en leones del apostolado. La ausencia de frutos será, en un instante, suplida por la gracia de Dios.

El odio irreconciliable entre el bien y el mal

Pero no nos engañemos: cuando nos decidimos a hacer el bien, algunos lo agradecerán —débilmente, la mayoría de las veces...— y otros nos odian, con una virulencia mucho mayor, comparativamente, que el reconocimiento de los primeros. ¿Cuál es la razón de este odio?

Pensemos en el Señor: no era por haber curado al hombre de la mano paralizada o porque había violado el sábado por lo que los fariseos y los herodianos querían matarlo. Tal era su divina acción de presencia que, al manifestarse en público, dividía los campos, según había sido predicho por Simeón: «Éste ha sido puesto para que muchos en

Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción [...], para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2, 34-35). Quien aceptaba las gracias de fe traídas por el divino Maestro, enseguida creía; quien las rechazaba, lo odiaba también inmediatamente.

En efecto, siempre que alguien presenta una objeción contra el bien, demuestra ser condescendiente en relación con el mal, y a quien entra por las sendas del mal nadie puede comprenderlo... ¡Misterio de iniquidad! En este odio irreconciliable hay un pecado contra el Espíritu Santo —la impugnación a la verdad conocida¹⁵— que «no tendrá perdón jamás» (Mc 3, 29). Porque es un rechazo total a la verdad, a la bondad, a la misericordia en esencia, es decir, a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, y, por lo tanto, odio a Dios. Ante esta mala voluntad, de nada sirven los argumentos lógicos; ni siquiera el magnífico *éclat* de la virtud consigue convencer.

Tal hostilidad existe desde que, en el Cielo, Satanás y sus secuaces se rebelaron contra Dios, y se ha de prolongar hasta el fin del mundo (cf. Gén 3, 15). Así como las enseñanzas y la sabiduría de Jesús iban traspasando con mayor fulgor durante su vida terrena (cf. Lc 2, 52), también en los diversos períodos de la historia su figura, reflejada en la Iglesia, se va manifestando en sus múltiples aspectos, y cada día vemos que la verdad se hace más brillante y la santidad más reluciente. Incluso los ataques sufridos por la Iglesia o las herejías, que surgen a veces, contribuyen a ello (cf. 1 Cor 11, 19), porque exigen gracias especiales del Espíritu Santo que iluminen a quien estudia para defenderla. De esta manera se hace más explícitamente bella.

Ahora bien, como ya dijimos, lo que sucede a Jesucristo y a su esposa mística también se repite con los que les pertenecen por el Bautismo: el mundo verá en nosotros un rayo de la divinidad de Cristo y, aún hoy, el Señor producirá irritación en los que no creen y entusiasmo en los que creen. Como el propio Jesús proclamó, vino a seleccionar y escoger, salvar y santificar (cf. Mt 10, 34-35; Lc 10, 16). Él continúa siendo piedra de escándalo, hasta la consumación de los tiempos.

En la lucha por el bien, sepamos lidiar con el mal

En los dos episodios narrados en el Evangelio de este noveno domingo del tiempo ordinario, el Señor muestra cómo aquellos que toman el par-

tido del bien tienen que ser sabios, vigilantes y sagaces, y nunca deben dormirar, para no caer en las celadas del mal; al contrario, deben dejarlo siempre en mala situación. Ésta es una lección que debe ser imitada. Aprendamos a batallar contra el mal a ejemplo del divino Maestro, sabiendo que es un adversario irreductible, capaz de llegar a las últimas consecuencias, es decir, llevarnos al martirio, como a Jesús.

Cuando seamos incomprensidos y perseguidos por amor a la justicia, sepamos aceptarlo con resignación y alegría, pues nos asemejamos a Jesucristo. Ante la dureza de corazón de los fariseos, mostró ira y tristeza. Ésa debe ser exactamente nuestra actitud de alma: indignación contra el delirio de oponerse a Dios y pena que nos mueva a rezar por los que nos persiguen. ✧

Reproducción



Detalle de «El Juicio final», de Fra Angélico - Gemäldegalerie, Berlín

La hostilidad existente entre buenos y malos durará hasta el fin del mundo, y quienes toman el partido del bien tienen que ser sabios, vigilantes y sagaces, para no caer en las celadas del mal

¹ Dado que ya han sido publicados en esta revista todos los comentarios de Mons. João a los Evangelios de los domingos del tiempo ordinario correspondientes a este mes de junio, así como el de la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo del Ciclo B, ofrecemos a nuestros lectores este hermoso comentario al Evangelio del IX Domingo del Tiempo Ordinario, celebrado en Brasil y en otros países que mantienen la conmemoración de Corpus Christi el jueves posterior a la solemnidad de la Santísima Trinidad.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 89, a. 6.

³ DAGNINO, María Luisa. *Bakhita: da escravidão à liberdade*. 2.ª ed. São Paulo: Loyola, 2000, p. 58.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 27, a. 1, ad 1.

⁵ Cf. SHABAT. M 7, 2. In: BONSIRVEN, SJ, Joseph (Ed.). *Textes rabbiniques des deux premiers siècles chrétiens*. Roma: Pontificio Istituto Biblico, 1955, p. 160.

⁶ Cf. SHABAT. C. VIII, 10a. In: GUGGENHEIMER, Heinrich Wal-

ter (Ed.). *The Jerusalem Talmud. Second order: Mo'ed. Tractates Šabbat and 'Eruvin*. Berlin-Boston: W. de Gruyter GmbH & Co. KG, 2012, p. 272.

⁷ SAN CIRILO DE ALEXANDRÍA. *Explanatio in Lucae Evangelium*. C. VI, v. 2: MG 72, 575.

⁸ Cf. ERUVIM. M 4, 3. In: BONSIRVEN, op. cit., p. 193.

⁹ TUYA, OP, Manuel de. *Biblia comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, t. V, p. 279.

¹⁰ Cf. SHABAT. B 117b; YOMÁ. M 8, 6-7. In:

BONSIRVEN, op. cit., pp. 166; 231.

¹¹ BERTHE, CSsR, Augustin. *Jesús Cristo, sua vida, sua Paixão, seu triunfo*. Einsiedeln: Benziger, 1925, p. 134.

¹² FILLION, Louis-Claude. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo. Vida pública*. Madrid: Rialp, 2000, t. II, p. 71.

¹³ SAN BEDA. *In Marci Evangelium Expositio*. L. I, c. 3: ML 92, 155.

¹⁴ Ídem, ibidem.

¹⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., II-II, q. 14, a. 2.

Una súplica hecha por Dios

Como las rosas florecen entre las espinas, así también las luchas que enfrentó Santa Margarita María Alacoque constituyeron un marco para la insigne misión que Dios le había reservado.

✠ Gabriel Marques dos Santos



João Paulo Rodrigues

Dios tiene sed del amor de sus criaturas: es lo que se repite en las revelaciones hechas a Santa Margarita

Sagrado Corazón de Jesús -
Colección privada

¡«Tengo sed» (Jn 19, 28)! Desde hace siglos, la piedad católica suele atribuirle a estas palabras del Señor en lo alto del Gólgota un profundo significado espiritual. No sólo se trata del tormento físico sufrido por el Salvador, sino sobre todo de una misteriosa súplica en relación con las almas que había venido a redimir. Sí, el Creador de todas las cosas, el único ser que se basta a sí mismo, tiene sed del amor de sus criaturas.

A lo largo del tiempo, ese conmovedor grito ha retumbado en los lugares más variados. Sin embargo, pocas veces tales resonancias fueron tan intensas y lacerantes como en las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque, en el siglo XVII.

Vida de sufrimientos: marco de las apariciones

22 de julio de 1647, fiesta de Santa María Magdalena. En la pequeña localidad de Laitecourt (Francia) nació Margarita, hija de Claudio Alacoque, notario real y juez, y de Filiberta Lamym.

Desde su más tierna infancia, la niña se sentía impulsada interiormente a re-

petir: «Dios mío, os consagro mi pureza y hago voto de perpetua castidad».¹ Habiendo fallecido su padre en 1655, fue confiada al cuidado de una comunidad de clarisas de Charolles, donde hizo la Primera Comunión a la edad de 9 años. Ya no encontraba ningún otro placer en la vida que no fuera estar cerca del Señor sacramentado.

No obstante, a medida que iba creciendo, Margarita notaba su corazón dividido entre los parientes y la vida contemplativa. Aquellos querían que la muchacha contrajera un ventajoso matrimonio; pero el claustro le exigía una consagración total. En medio de esa dura batalla, el Señor vino en su socorro y, recordándole el voto de castidad que había hecho en su infancia, le prometió: «Si me eres fiel, no te dejaré jamás y me haré tu triunfo contra todos tus enemigos».² Después de esta gracia, la virgen hizo el firme propósito de tomar el hábito religioso.

Cuando, el 25 de mayo de 1671, se encontró por primera vez en el locutorio de la Visitación de Paray-le-Monial, oyó en su interior las siguientes palabras: «Aquí es donde te quiero».³ El 20 de junio Margarita dejó el mundo para siempre, ingresando en el claustro de las Hijas de Santa María.

La Providencia tomó en serio tal consagración, tratando a la nueva profesa como una víctima escogida para ser inmolada en el calvario de la vida religiosa. Al igual que las rosas florecen entre las espinas, así también las luchas que enfrentó Margarita constituirían un marco para las insignes gracias a ella concedidas. Las pruebas acrisolaron su alma para que las palabras celestiales llegaran limpiadas, íntegras y penetrantes a todos los rincones de la tierra.

Preparada así la religiosa, llegaba el momento de que el Sagrado Corazón de Jesús anunciara, por medio de ella, su mensaje al mundo.

La primera aparición

Era la fiesta litúrgica de San Juan Evangelista, el 27 de diciembre de 1673. Margarita rezaba especialmente recogida ante el Santísimo Sacramento cuando el Señor, haciéndola descansar sobre su pecho a semejanza del Discípulo Amado, declaró: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros que te descubro».⁴

Y añadió: «Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que sea todo obra mía».⁵

Luego, tomando místicamente el corazón de su elegida, el Señor lo introdujo en el suyo, como una chispa puesta en un horno encendido, para devolverlo entonces transformado en una llama.

Primeros viernes

Desde ese día en adelante, la santa sufriría terribles dolores en su costa-

do, como prenda de la autenticidad de la aparición. Tales dolores se renovaban especialmente los primeros viernes de cada mes. En estas ocasiones, sin embargo, el divino Maestro se presentaba a ella en todo su esplendor, a fin de consolarla y comunicarle sus designios.

En una de estas circunstancias, las llagas del Redentor resplandecían como soles. Abriendo su costado traspassado, el Salvador descubrió su adorable Corazón, que ardía como un

Semejante ingratitud hacía sufrir al Hombre-Dios más cruelmente que en la Pasión.

Y con conmovedor afán, le suplicó a aquella alma escogida: «Tú, al menos, dame el placer de suplir su ingratitud, en cuanto puedas ser capaz de hacerlo. [...] *Comulgarás todos los primeros viernes de cada mes*, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza mortal que tuve a bien sentir en el huerto [de los olivos]».⁷

A continuación, el Señor le instruyó a que se levantara entre las once y la medianoche para velar con Él, y a rezar postrada durante una hora para apaciguar la ira divina.

He aquí el origen de dos devociones conocidas y muy recomendadas en nuestros días: la hora santa y la comunión reparadora de los primeros viernes de cada mes, realizadas por los fieles con la intención de reparar los pecados cometidos contra el Sagrado Corazón de Jesús.

Sufrimiento en reparación por los pecados

Dentro del claustro, Margarita tuvo que sufrir muchas incomprendiones y humillaciones, ofrecidas para reparar tanto amor no correspondido y para aplacar la cólera divina por los pecados de los hombres, sobre todo de las almas consagradas.

Más de una vez, algunos sacerdotes e incluso sus hermanas de hábito pensaban que era burlada por el diablo, a quien le atribuían las revelaciones. La propia santa llegó al colmo de intentar sustraerse de los encantos del divino Esposo, quien, sin embargo, se quejaba: «¿Por qué luchas contra mí, siendo yo tu solo, verdadero y único amigo?».⁸ Hallándose un día especialmente confusa en medio de tantas aflicciones, la visitandina oyó



En las contingencias de la vida religiosa, el Sagrado Corazón de Jesús preparó a Margarita para recibir su mensaje

Capilla de las apariciones - Convento de la Visitación, Paray-le-Monial (Francia)

horno, consumiéndose en puro amor por los hombres, incluso por aquellos que no le retribuían su afecto.

Entonces se quejó: «Si me devolvieran algún amor en retorno, estimaría en poco todo lo que por ellos hice, y querría hacer aún más, si fuese posible; pero no tienen para corresponder a mis desvelos por procurar su bien sino frialdad y repulsas».⁶

una voz que le prometía: «Ten paciencia y espera que venga mi siervo».⁹

El siervo del que le hablaba la Providencia era el P. Claudio de La Colombière, superior de los jesuitas de Paray-le-Monial. Invitado a darles una conferencia a las visitandinas, atendió en particular a sor Margarita, la cual le expuso sus dificultades. El sacerdote la tranquilizó y le aseguró el origen divino de los fenómenos que le estaba sucediendo, y le ordenó a la vidente que escribiera todo lo que había oído, encargándose de abogar la causa del Sagrado Corazón de Jesús. A partir de ese día sería él un verdadero amparo para la religiosa.

La gran revelación

El 16 de junio de 1675, durante la octava de la solemnidad de Corpus Christi, tuvo lugar la más conocida de las revelaciones a Santa Margarita Alacoque.

La virgen estaba rezando ante el sagrario cuando el Señor se le apareció sobre el altar y, señalando su divino Corazón, pronunció esta sublime queja: «He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible, es que son corazones que me están consagrados, los que así me tratan».¹⁰

Con enternecedora bondad, el Salvador pidió entonces que el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento fuera instituida una fiesta especialmente dedicada a reparar a aquel dulcísimo Corazón por las ofensas contra

la sagrada eucaristía, encargándole a su «siervo», el padre La Colombière, que consiguiera esto de las autoridades eclesiásticas.

Y, como para mover a los fieles de todos los tiempos a escuchar su llamamiento, el Hombre-Dios empenó sus palabras de vida eterna: «Te prometo también que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le rindan este honor, y los que procuren que le sea tributado».¹¹

El triunfo del Sagrado Corazón

Hasta ese momento, no obstante, las palabras del Salvador habían en-

contrado poco eco en los corazones de las hermanas de hábito de Margarita. Pero no había nada que pudiera hacer tambalear el ánimo de la fiel religiosa, alentada por la promesa del divino Esposo: «Yo reinaré a pesar de mis enemigos, y de todos los que a ello quisieran oponerse».¹²

Solamente a partir de finales de 1684 es cuando aquellas almas consagradas empezaron a abrirse a la nueva devoción. El 21 de junio de 1686 se celebró, en la Visitación, la primera fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y en 1688 se dedicó una capilla en el monasterio en su honor.

Una vez conquistado ese núcleo de almas consagradas, era cuestión de tiempo que la devoción se difundiera por todo el orbe católico, en gran parte gracias al celo de sacerdotes jesuitas como el P. Jean Croiset y el P. Ignacio Rolin. Esta expansión consoló mucho a la santa, hasta el punto de que le confió a una de sus hermanas visitandinas que, al no encontrar más ocasiones para sufrir en esta vida, se sentía cercana al encuentro definitivo con su único Amor.

Gran retiro

Así, el 22 de julio de 1690, la vidente comenzó un retiro espiritual con miras a su paso hacia la eternidad. La obediencia, sin embargo, le exigió una interrupción en ese período de recogimiento. La santa se disponía a retomar sus ejercicios el 9 de octubre cuando, poco antes de la fecha prevista, le acometió una fuerte fiebre. Al preguntarle si aún tenía fuerzas para entrar en tal aislamiento, Margarita respondió: «Sí, pero será el gran retiro».¹³

De hecho, poco duró su convalecencia. Aunque los médicos



«He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres; y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud»

Aparición del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque - Iglesia de San Leodegario, Delle (Francia)

Las doce promesas

De entre los diversos extractos de los sublimes diálogos entre el Señor y Santa Margarita, se hicieron célebres las promesas hechas por el Hombre-Dios en distintas ocasiones a quienes quisieran responder a su llamamiento de amor y reparación. Para provecho espiritual del lector, se enumeran a continuación.

1. Les daré todas las gracias necesarias a su estado.
2. Estableceré la paz en sus familias.
3. Los consolaré en todas sus aflicciones.
4. Seré su refugio en su vida y, sobre todo, en la muerte.
5. Bendeciré grandemente todas sus empresas.

6. Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de misericordia.

7. Las almas tibias crecerán en fervor.

8. Las almas fervorosas alcanzarán mayor perfección.

9. Bendeciré el hogar o sitio donde esté expuesto mi Corazón y sea honrado.

10. Daré a los sacerdotes el don de tocar a los corazones más empedernidos.

11. Los que propaguen esta devoción tendrán sus nombres escritos en mi Corazón y de él nunca serán borrados.

12. Yo les prometo, en el exceso de la infinita misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso les concederá a todos aquellos que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; no morirán en desgracia ni sin recibir los sacramentos; mi Corazón será su refugio seguro en este último momento. ✧



Leandro Souza

pensaran que se trataba de una dolencia pasajera, ella sabía que estaba en sus últimos momentos. «Qué dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de aquel que nos ha de juzgar»,¹⁴ exclamó en esa ocasión.

Finalmente, en la noche del 17 de octubre, la enferma entró en agonía. La comunidad se apresuró a asistir al sublime tránsito, el capellán acudió rápidamente para administrarles los últimos sacramentos. Antes de que el sacerdote concluyera la extremaunción, la moribunda exhaló su postrer aliento tras una suave exclamación: «¡Jesús!».

¿Refrigerio de la reparación o vinagre de la indiferencia?

Tras la muerte de Santa Margarita, la devoción al Sagrado Corazón se extendió ampliamente por los monasterios visitandinos y por las diócesis francesas, muchas de las cuales aprobaron fiestas litúrgicas propias para responder a la petición de reparación hecha por el Salvador. En 1856 Pío IX le concedió a la celebración su carácter universal, inscribiéndola en el calendario romano, y el 13 de mayo de 1920 la «discípula del Sagrado Corazón» fue canonizada por Benedicto XV.

En este calamitoso siglo XXI, en el que los ultrajes contra el Corazón de Jesús se multiplican por todas partes, incluso entre quienes más deberían honrarlo, las irrevocables promesas hechas por Él consignan la prenda ofrecida por el Redentor a quienes sepan responder a su llamamiento, haciéndole celosa compañía durante la pasión de su Esposa Mística, que es la Iglesia.

¿Seguiremos el ejemplo de Santa Margarita al contestar a esta sublime súplica con el refrigerio de la reparación? ¿O, como el soldado romano, le ofreceremos el vinagre de la indiferencia para saciar su sed? ✧

¹ SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. *Autobiografía. Manuscrita por ella misma*. Bilbao: El Mensajero, 1890, p. 13.

² Ídem, p. 51.

³ Ídem, p. 104.

⁴ Ídem, pp. 106-107.

⁵ Ídem, p. 107.

⁶ Ídem, p. 115.

⁷ Ídem, pp. 115-116.

⁸ Ídem, p. 158.

⁹ ROHRBACHER, René François. *Vidas dos Santos*.

São Paulo: Editora das Américas, 1961, t. XVIII, p. 280.

¹⁰ SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE, op. cit., pp. 187-188.

¹¹ Ídem, p. 188.

¹² Ídem, p. 195.

¹³ GOBRY, Ivan. *Sainte Marguerite Marie, la messagère du Sacré-Cœur*. Paris: Téqui, 1989, p. 252.

¹⁴ HERALDO DEL AMOR DE CRISTO. *Margarita María Alacoque*. Bogotá: Montoya & Araújo, 1988, p. 136.

Promesa de un Corazón abrasado de amor

¿Quién rechazaría un billete de lotería con premio garantizado...? Seríamos capaces de someternos a las exigencias más duras para conquistarlo. Pues bien, ¡he aquí el boleto premiado que nos es ofrecido por Dios mismo!



✠ **Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas, EP**

Tan antigua como la Iglesia es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. En la Última Cena, momento en que se instituía la Eucaristía como memorial de la Pasión, fue cuando el Discípulo Amado auscultó los insondables latidos del divino Corazón... Y en lo alto del Calvario, cuando Cristo estaba consumando su holocausto redentor, fue donde el soldado «con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua» (Jn 19, 34). Del Corazón perforado de Cristo nació la Iglesia y de él fluyeron a raudales abundantes gracias sobre la cristianidad y los hombres de todas las épocas.

Promesa y reparación

Sin embargo, esta devoción aún no ha llegado a su apogeo, pese a las reiteradas peticiones del Salvador a lo largo de los últimos tiempos, de modo particular a partir del siglo XVII. Para atraer a la humanidad hacia su Corazón «con vínculos de amor» (Os 11, 4), se dignó hacer algunas promesas a quienes se ejercitaran en la práctica de tal devoción.

Actualmente, la palabra *promesa* se ha vuelto trivial. Muchos son

los que las hacen, pocos los que las cumplen fidedignamente, de donde le atribuimos al acto de prometer cierto vacío, seguido de descrédito. Al tratarse de una promesa hecha por Dios, eso no se puede aplicar porque, «para Él, prometer es ya dar, pero es en primer lugar dar la fe capaz de esperar que venga el don; y es hacer, mediante esta gracia, al que recibe capaz de la acción de gracias (cf. Rom 2, 20) y de reconocer en el don el corazón del dador».¹ En efecto, «no es Dios un hombre, para mentir, ni hijo de hombre, para volverse atrás. ¿Puede Él decir y no hacer, hablar y no mantenerlo?» (Núm 23, 19).

*La gran promesa
hecha por el Sagrado
Corazón nos garantiza
lo que más deseable
e incierto existe
para el hombre: la
entrada al Cielo*

Como vimos en el artículo anterior, fueron doce las promesas hechas por el Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque, desde 1673 hasta 1675. En la bula de su canonización, Benedicto XV afirma que son fieles las palabras registradas por la religiosa, revelaciones de que el Buen Jesús se dignó hacerle a esa sierva suya. Selladas tantas veces por la voz de la Iglesia, han de ser creídas por nosotros.

La duodécima de ellas, más comúnmente conocida como la *gran promesa*, se refiere a la comunión reparadora de los primeros viernes de mes, la cual nos garantiza aquello que para un hombre es lo más deseable e incierto sobre la faz de la tierra: la entrada al Cielo.

He aquí las palabras del Redentor: «Yo te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final; que no morirán en su desgracia, ni sin recibir los sacramentos; siendo [mi divino Corazón] su refugio seguro en este último momento».²

Nada más justo de nuestra parte que reparar a un Dios ofendido; no

hay nada más misericordioso por parte de Jesús que otorgarles un premio a quienes así proceden, y que no hacen sino su obligación.

El P. Croiset³ nos enseña que el objetivo de practicar esa devoción es, ante todo, reconocer y honrar tanto como esté a nuestro alcance los sentimientos de amor y ternura que Jesucristo tiene actualmente por nosotros en la adorable Eucaristía. En segundo lugar, reparar de todas las formas posibles las indignidades y ultrajes a los cuales el amor lo expone todos los días en el Santísimo Sacramento.

Reparar, en términos ordinarios, es devolver la integridad a algo que ha sido corrompido, arreglar lo que ha sido dañado, lo cual presupone la existencia de un estado anterior preservado y mejorado. En términos espirituales, reparar «se trata menos de mirar al pasado, que hemos abandonado a la misericordia divina, que de considerar el futuro, que debe ser abrasado en una caridad más ardiente y más pura».⁴ Aplicando este principio al desagravio que le debemos hacer al Sagrado Corazón, reparar es responder con amor ardiente a lo que Él hizo por nosotros, es restituir la gloria que injustamente le fue quitada.

Una reparación a Jesús resucitado en la Eucaristía

El Señor sabía a qué extremos de maldad caería la humanidad si no prestara oído a los llamamientos de la gracia. Y aquí llegamos al actual mundo convulsionado por crisis, guerras y revoluciones, inmersos en el ateísmo más atroz; difícil es encontrar un rincón donde Dios no sea gravemente ofendido. Como humo espeso y repugnante, suben los pecados al trono de la Majestad divina y claman venganza a los Cielos. Pese a la triste perspectiva de decadencia, el Sagrado Corazón de Jesús nos pide el desagravio contra las

ofensas cometidas contra él en la Eucaristía.⁵ ¿Por qué motivo?

Cuando decimos «Corazón Eucarístico de Jesús» no nos referimos únicamente a una jaculatoria evocadora de la Persona de Nuestro Señor Jesucristo. La Eucaristía no es un recuerdo, como cuando a un padre de familia o a un hombre famoso, antes de dejar a los suyos, se le representa mediante una estatua, una pintura, un retrato o un monumento. Cristo llevó su amor a extremos insólitos, quiso



El Santísimo Sacramento expuesto en la capilla de la casa de los Heraldos del Evangelio en São Carlos (Brasil)

Nada más justo que reparar a un Dios ofendido respondiendo con amor ardiente a lo que Él hizo por nosotros al encerrarse en la Eucaristía

encerrarse bajo el velo de las especies eucarísticas, a fin de cumplir su promesa: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20).

Ahora bien, si Cristo ha resucitado —y ésta es nuestra fe (cf. Rom 4, 24)— y está en la Eucaristía, entonces el mismo Corazón divino traspasado por la lanza de Longino late resucitado, real y verdaderamente en el sacramento del altar, en el que Jesús se encuentra tal y como es ahora: glorificado a la derecha del Padre y en posesión, en toda su plenitud, de la gloria de la Resurrección.

Por lo tanto, los ultrajes cometidos contra Jesús eucarístico pueden compararse al de los verdugos que mataron el cuerpo del Salvador;⁶ la frialdad y la indiferencia, el olvido y la falta de amor por parte de tantos que se dicen cristianos son equiparables a la culposa tibieza de Pilato, que hizo padecer a Jesús la Pasión.

Es, pues, desde esa perspectiva de gravedad que el Sagrado Corazón nos pide que llevemos a cabo las comuniones reparadoras de los primeros viernes. Consideremos sus palabras.

Una razón sublime detrás de una petición

«Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá a todos los que comulguen...»

En esta frase se vislumbra una verdadera táctica divina, un gesto infinitamente cariñoso, gracioso, casi diríamos maternal del Señor, al hacernos una promesa, que es más bien un recordatorio, como si nos dijera: «He muerto por ti, ¿no puedes venir tu a mí por lo menos una vez al mes? Ven hijo mío, ¿qué te mantiene alejado? ¿Acaso la Iglesia no repite desde hace dos mil años, en mi nombre, la promesa que les hice a los Apóstoles: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida

eterna” (Jn 6, 54)? Te muestro aquí el medio esencial para llegar al Cielo: vivir mi vida comunicada por la Eucaristía».

«...nueve primeros viernes de mes seguidos...»

Narra el Génesis (cf. Gén 1, 26-31) que, al llegar el sexto día de la creación, Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. Entonces «vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gén 1, 31).

El día de la semana correspondiente, el viernes, el Verbo Encarnado consumó la Redención, desfigurándose para restaurar la belleza del primer hombre. Con divina delicadeza, Jesús nos pide este pequeño acto de reconocimiento: que lo honremos en el día en que nos creó y nos rescató, abriéndonos las puertas del Cielo.

Conviene resaltar aquí que el Señor no quiso decir que sólo los primeros viernes le honremos, sino que al menos en ese día le hagamos compañía. Quien ama de verdad no se limita a fechas ni fija horarios para prácticas devocionales, sino que hace de su vida un acto continuo de reparación.

¡Estarás conmigo en el Paraíso!

«...[concederá] la gracia de la penitencia final; no morirán en su des-

gracia, ni sin recibir los sacramentos...»

Nos quedamos asombrados ante el inaudito prodigio de amor obrado cuando el divino Redentor, colgado de la cruz, perdonó al ladrón pronunciando la primera y más solemne canonización de la historia: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). ¿Qué hizo aquel delincuente para merecer semejante recompensa, él, que se había pasado la vida robando? Únicamente se reconoció culpable y se volvió hacia el Señor arrepentido.

En otras palabras, esa misma promesa nos la hace el Sagrado Corazón, pues, ¿en qué consiste el arrepentimiento final sino en el elemento esencial para alcanzar el perdón y conquis-

Qué alivio cuando, en la hora de la agonía mortal, podamos contemplar al Sagrado Corazón a nuestro lado, sosteniéndonos en la postrera lucha

tar la gracia de Dios? ¿Y qué significa morir en gracia de Dios, sino tener garantizado el «pasaporte» para la entrada en la bienaventuranza eterna?

En cuanto a las palabras «ni sin recibir los sacramentos», entendamos no la recepción de los sacramentos absolutamente, sino si fueran necesarios para nuestra salvación, a fin de que no muramos en el desagrado de Dios.⁷

Para conseguir esa gracia de la perseverancia final, se nos exigen tres condiciones:

1. La comunión deberá ser hecha el primer viernes de cada mes.

2. Durante nueve meses seguidos. Si hubiera una interrupción, se ha de recomenzar la novena.

3. Debe ser hecha, no sólo en estado de gracia, sino con la especial intención de honrar y reparar el Sagrado Corazón.

Tales condiciones, aparentemente fáciles, conllevan actualmente más dificultades que las que han tenido los católicos de todos los tiempos y sólo los auténticos devotos del Señor son capaces de someterse a ellas.

La voz elocuente del Corazón de Jesús

«...siendo [mi divino Corazón] su refugio seguro en este último momento».

¡Qué alivio cuando, en la hora de la agonía mortal, podamos contemplar al Sagrado Corazón a nuestro lado, sosteniéndonos en la postrera lucha en este valle de lágrimas! Qué alegría indescriptible cuando, habiendo ya cruzado el umbral de la eternidad, recibamos la sentencia del divino Juez: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25, 34).

Sin embargo, en nuestros días la humanidad también se encuentra en la hora extrema de la agonía, y a ella el Señor parece dirigirle como nunca los últimos llamamientos de su adorable Corazón. Él «la caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no



«Comunión para los moribundos», de Alexey Venetsianov - Galería Tretyakov, Moscú



Misa en honor del Sagrado Corazón de Jesús celebrada el primer viernes de abril de 2024, en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

la apagará» (Is 42, 3). ¿Quién puede alcanzar los insondables arcanos del Corazón de Jesús para la Santa Iglesia en la actual crisis contemporánea?

En el siglo XIII, San Juan Evangelista presagiaba algo de ese futuro de gloria en una comunicación mística a Santa Gertrudis: «Mi ministerio, en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, debía ceñirse a decir del Verbo divino, Hijo eterno del Padre, algunas palabras fecundas que la inteligencia de los hombres pudiera siempre meditar, sin agotar jamás sus riquezas; pero a los últimos tiempos se le ha reservado la gracia de oír la voz elocuente del Corazón de Jesús, que hará que el mundo se inflame del amor divino».⁸

*A los últimos tiempos
se le ha reservado la
gracia de oír la voz
elocuente del Corazón
de Jesús, que hará que
el mundo se inflame
del amor divino*

Por consiguiente, no dejemos que se pierda esta llave preciosa del Cielo, porque «se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren

así» (Jn 4, 23). Unámonos a la Santísima Virgen, que durante nueve meses llevó al divino Redentor en su claustro, y pidámosle que presente nuestro acto de desagravio no sólo mediante las comuniones de los nueve primeros viernes, sino quizá con una vida entera seriamente transcurrida en santidad.

Necesitamos, pues, dirigirnos al Corazón de Jesús «como fuente de gracias calculadas para la época de Revolución, calculadas para las épocas difíciles que vendrán, y pedir que el Corazón de Jesús, regenerador por la sangre y por el agua que de Él salieron, nos lave. Ésa es propiamente la oración magnífica que los viernes y, sobre todo, el primer viernes de mes y el Viernes Santo se ha de considerar».⁹ ✧

¹ RAMLOT, OP, Marie-Léon; GUILLET, SJ, Jacques. «Promesas». In: LÉON-DE-FOUR, SJ, Xavier (Org.). *Vocabulario de teología bíblica*. 17.ª ed. Barcelona: Herder, 1996, p. 731.

² Las palabras textuales de la revelación del Sagrado Corazón de Jesús han sido tomadas de la obra: SAENZ DE TEJADA, SJ, José María. *Vida y obras principales de Santa Margarita María de Alacoque*. Madrid: Cor Jesu, 1977, p. 57.

³ Cf. CROISET, SJ, Jean. *La dévotion au Sacré-Cœur de Notre*

Seigneur Jésus-Christ. 2.ª ed. Paris: Quillau, 1741, p. 11.

⁴ LADAME, Jean. *Doutrina e espiritualidade de Santa Margarida Maria*. São Paulo: Loyola, 1985, p. 81.

⁵ Así consta en la queja que el Señor le expresó a Santa Margarita, en junio de 1675: «No recibo de la mayor parte [de los hombres] sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible, es que son cora-

zones que me están consagrados, los que así me tratan. Por esto te pido que sea dedicado el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y reparando su honor por medio de un respetuoso ofrecimiento, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares» (SANTA MARGARITA MARÍA ALACOQUE. *Autobiografía*. Bilbao: El Mensajero, 1890, pp. 187-188).

⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 80, a. 5, ad 1.

⁷ SALVADOR DO CORAÇÃO DE JESUS, OFM Cap. *A grande promessa do Sacratíssimo Coração de Jesus*. 95.ª ed. São Paulo: Loyola, 2014, p. 9.

⁸ PRÉVOT, SCJ, André. *Amor, paz e alegria. Mês do Sagrado Coração de Jesus segundo Santa Gertrudes*. Taubaté: Publicações S.C.J., 1937, p. 20.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 4/3/1965.

«Haz saber al primogénito de mi Corazón...»

El camino hacia la restauración de Francia habría de comenzar por el rey, un hombre verdaderamente elegido y predilecto... ¡el «hijo mayor» del Corazón de Jesús!

✠ **Rodrigo Siqueira Pinto Ferreira**



La corte francesa del siglo XVII conoció un esplendor jamás visto en la historia de la civilización. La cultura, las artes y la distinción adornaban como nunca una existencia volcada a refinar todos los aspectos de la vida humana.

Luis XIV, el gran e incomparable Luis XIV, congregó en torno suyo a expertos en toda clase de artes y ciencias, a hombres de política y a sobresalientes militares, así como a la más alta nobleza de Île-de-France, que componía un magnífico *cadre* de personalidades ilustres, astros relucientes que orbitaban alrededor del Rey Sol.

Sin embargo, el ocaso de tal esplendor asomaba en el horizonte. Toda aquella pompa era ciertamente fruto de la preciosísima sangre de Jesucristo y uno de los aspectos más bellos de la civilización cristiana surgida de ella, pero no dejaba de ser un mero envoltorio que escondía una nobleza frívola y disoluta. Día más, día menos, ese fruto podrido caería, pese a la belleza de su cáscara.

Pero el «Corazón que tanto amó a los hombres»¹ no era indiferente a esa decadencia. El mayor deseo del Salvador era conquistar el corazón de

Luis XIV, lo que implicaría un cambio de vida, suyo... y el de toda una nación. En efecto, Francia, hija primogénita de la Iglesia, gozaba aún de la predilección divina. Por lo tanto, un último llamamiento celestial la invitaría, por medio de su monarca, a la conversión.

El Rey de los Cielos se dirige al rey de Francia

En junio de 1689 Santa Margarita María Alacoque escribe una misiva a su superiora en la que narra un mensaje sobrenatural que había recibido recientemente del Sagrado Corazón de Jesús. Era un recado que debía transmitir a Luis XIV.

El Rey de los Cielos se dirigía al monarca en los siguientes términos:

«Haz saber al hijo mayor de mi Sagrado Corazón que así como se obtuvo su nacimiento temporal por la devoción a los méritos de mi sagrada infancia, así alcanzará su nacimiento a la gracia y a la gloria eterna por la consagración que haga de su persona a mi Corazón adorable, que quiere alcanzar victoria sobre el suyo, y por su medio sobre los de los grandes de la tierra. Quiere reinar en su palacio,

y estar pintado en sus estandartes y grabado en sus armas para que queden triunfantes de todos sus enemigos, abatiendo a sus pies a esas cabezas orgullosas y soberbias, a fin de que quede victorioso de todos los enemigos de la Iglesia».²

¿A quién le había concedido antes el propio Hombre-Dios semejante dicha? ¡Cuánta intimidad, cuánto amor, cuánta promesa! El camino de la restauración de Francia habría de empezar en el alma del rey, un hombre verdaderamente elegido y predilecto... ¡el «primogénito» del Corazón de Jesús!

El rey «dado por Dios»

El Señor alude, en su misiva, a «dos nacimientos» del rey Luis XIV, ambos estrechamente vinculados a designios providenciales. Analicemos uno y otro.

Tras el matrimonio de Luis XIII con Ana de Austria, en 1615, los años transcurrieron sin que a Francia le naciera un delfín, debido a la esterilidad de la reina. Además, el temperamento de Ana de Austria, de genio firme e impetuoso, no se adaptaba mucho a los hábitos fríos y tímidos de Luis XIII, lo que hacía aún más difícil la relación entre ambos.

No obstante, la noche del 3 de noviembre de 1637, un fraile agustino llamado Fiacre, mientras estaba orando en su celda de un convento de París, es agraciado con una visión celestial: la Santísima Virgen le presenta al niño que Dios quería darle a la corona de Francia. Pero para alcanzar tal favor era necesario que la reina rezara una novena en honor de Nuestra Señora de las Gracias, cuya imagen se veneraba en el santuario de Cotignac.

Y las oraciones son escuchadas: después de veintitrés años de esterilidad, Ana de Austria da a luz al pequeño Luis, quien, por su nacimiento providencial, recibe como segundo nombre Dieudonné, es decir, «dado por Dios».

Rumbo a la conversión

Había sido manifestada en su nacimiento terrenal la predilección celestial de la que fue objeto. Pero el rey todavía necesitaba un segundo «nacimiento», «a la gracia y a la gloria», pues la desastrosa crisis moral que campaba en la corte tenía en Luis XIV, infelizmente, un modelo lamentable.

Desdeñando los compromisos matrimoniales, el monarca se hundió en una vida disoluta, indigna del augusto título de *Rey cristianísimo*. Sus actitudes corroboraban, con el «sello real», los desatinos similares de sus hidalgos.

Sin embargo, el Sagrado Corazón de Jesús preparaba a esa alma escogida para recibir su llamamiento con generosidad. Tras la muerte de la reina Teresa de Austria, el rey contrajo segundas nupcias, en 1683, con Madame de Maintenon, mujer discreta y de marcada religiosidad. Esta dama ejerció una benéfica influencia sobre el monarca, lo incitó a las prácticas de piedad y le ayudó a ordenar su vida moral. De hecho, su gran ambición era convertir al rey y en gran medida lo consiguió, favoreciendo las mejores disposiciones de su esposo para que escuchara y respondiera al llamamiento celestial que en seis años le sería dirigido.

El bandazo que podría cambiar la historia

En una carta de agosto de 1689 a su superiora, Santa Margarita María reitera, de manera aún más explícita, lo que había escrito en junio: el adorable Corazón de Nuestro Señor quiere realmente «establecer su imperio en la corte de nuestro gran monarca, de quien desea servirse para [...] levantar un edificio donde se coloque el cuadro de este divino Corazón para recibir en él la consagración y el homenaje del rey y de toda la corte. Además, este divino Corazón quiere ser el protector y defensor de su sagrada persona, contra todos sus enemigos visibles e invisibles, de los cuales quiere defenderle, y asegurar su salvación por este medio; por lo cual le ha escogido como a su fiel amigo para que consiga autorización de la Santa Sede apostólica para que se pueda decir la misa en su honor, y obtenga al mismo tiempo los otros privilegios que han de acompañar a esta devoción del Sagrado Corazón».³

Pequeños actos pueden tener grandes consecuencias, especialmente cuando son realizados por almas muy llamadas. ¿Qué sucedería si el rey de Francia materializara su consagración al Rey de reyes? Todo indica que los hilos que rigen la historia pasarían, entonces, por las manos del rey Dieudonné, y que su manejo definiría el futuro de Occidente.

Si Luis XIV hubiera atendido al llamamiento del Sagrado Corazón de Jesús, la historia de Francia y del mundo podría haber seguido otro rumbo...

«Rouget de Lisle y soldados de la República cantan “La marsellesa”, de Henri Gervex - Museo de la Revolución Francesa, Vizille (Francia). En la página anterior, Luis XIV - Palacio de Versalles, y, al fondo, la bandera realista de Francia con el Sagrado Corazón de Jesús

Pero la consagración no se llevó a cabo. ¿Razones? Las hipótesis son innumerables... Ni siquiera sabemos con certeza si el mensaje, que debería haber sido transmitido al confesor del rey, el padre De la Chaise, y, a través de él, al monarca, llegó a su destino.

En 1789, precisamente cuando se cumplía un siglo del llamamiento divino a Francia, resonaban por las calles de París los gritos de las turbas rebeldes y la sangre comenzaba a correr, en abundancia, sobre suelo francés.

Es verdad que Luis XVI, ya prisionero de la Revolución, había hecho una consagración de su persona, su familia y toda la nación francesa al Corazón de Jesús. Pero ya era demasiado tarde...

¿Podría entonces Luis XIV haber impedido la Revolución francesa? ¿Qué dirección habría tomado la cristiandad? ¿En qué mundo viviríamos hoy? Son cuestiones cuyas respuestas sólo conoceremos con certeza el día del Juicio... ✧

¹ Frase pronunciada por el Señor a Santa Margarita María, en una aparición de junio de 1675.

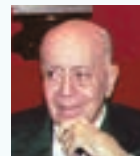
² SAENZ DE TEJADA, SJ, José María. *Vida y obras principales de Santa Margarita María de Alacoque*. Madrid: Cor Jesu, 1977, p. 242.

³ Ídem, p. 257.



Rey y centro de los corazones

Cuando nos dirijamos al Sagrado Corazón de Jesús, tengamos presente que Él es el soberano de todos los corazones y quiere atraer hacia sí a los hombres para establecer su Reino en la tierra.



✠ Plinio Corrêa de Oliveira

Para ser un buen católico y mantenerse en estado de gracia, el hombre necesita admirar cada una de las virtudes ensalzadas en las letanías del Sagrado Corazón de Jesús, pues son esenciales para la vida espiritual. En su existencia terrena, el Señor dio ejemplos destacadísimos, flagrantísimos y bellísimos de estas virtudes; ejemplos indelebles que iluminarán al mundo durante toda la historia de la humanidad en la tierra, y de los bienaventurados en el Cielo por toda la eternidad.

Hay, no obstante, una invocación especialmente digna de mención y poco comentada: Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones.

Señor de nuestra voluntad

¿Cuál es la diferencia entre ser Rey y ser el centro de todos los corazones?

Al ser el Señor verdadero Dios y verdadero hombre, es Rey de toda la creación y, en consecuencia, de los hombres. Pero hay diferencias entre reinar sobre los hombres y reinar en los corazones.

Un monarca es capaz de ejercer efectivamente el poder por derecho; sin embargo, si no manifiesta las virtudes y cualidades propias de la realeza, podrá ser malquisto e incluso detestado por su pueblo. De donde reinar en los corazones sea muy

superior a imperar tan sólo sobre las personas.

Según una antigua simbología, el corazón representa la afectividad del hombre. De este modo, la mencionada invocación significa que Jesús tiene el derecho y, de hecho, el poder de atraer el afecto y el cariño de todos los hombres.

No obstante, tales sentimientos son elementos de un todo, la voluntad humana, mayor que las partes, de la que el Señor es, por tanto, el Rey y el centro. Así, le cabe a esa voluntad reconocer el deber de amarlo, y a nosotros nos corresponde practicar el acto volitivo ordenado a ese amor, aunque a veces nos encontremos en la aridez y en una completa falta de sensibilidad de cariño y afección —una prueba, por cierto, frecuente en la vida espiritual.

Verdadero Dios y verdadero hombre, Jesús es Rey de toda la creación; pero hay diferencias entre reinar sobre los hombres y reinar en los corazones

Es importante que tengamos una voluntad firme, de temple, que sepa lo que debe querer y quiera lo que debe, la cual esté convencida de que el Sagrado Corazón de Jesús es el Rey y centro de todas las voluntades y, por tanto, tiene derecho a que todos los hombres tiendan seriamente hacia él con el elemento capital del amor que es la voluntad.

Una realeza a menudo no reconocida

En el huerto de los olivos, Jesús se quejó a los Apóstoles porque no pudieron velar con Él durante una hora. En dos ocasiones salió a su encuentro bañado en sangre, que había trasudado a causa de su estado de aflicción y que debería haberles infundido compasión. Pero la sensibilidad de los discípulos no se movió. Se despertaron, lo vieron y siguieron durmiendo...

Sin embargo, el peor mal consistió en que no tenían la firme voluntad y resolución de hacerle compañía, de consolarlo y luego de seguirlo hasta lo alto del Calvario. Los episodios posteriores lo demuestran claramente.

Ahora bien, el Señor tenía derecho a ser Rey de aquellos corazones. Pero no lo era en realidad, porque no reconocían su realeza, no lo querían como debían.

La total falta de responsabilidad demostrada por los Apóstoles en los acontecimientos culminantes de la

Pasión evidencia de qué es capaz el hombre cuando sólo muestra un cariño sensible para con el Redentor, y no la fuerza de voluntad que, en la aridez e incluso en la desolación, lo hace fiel.

Reino de María, Reino del Corazón de Jesús

Entonces, ¿cuándo se materializará el reinado del Sagrado Corazón de Jesús en la tierra? Evidentemente, en el Reino de María. Un Reino lleva al otro. En efecto, Nuestra Señora está completamente centrada en Cristo. Establecer su Reino es establecer el del Sagrado Corazón de Jesús.

Por las insistentes oraciones de la Santísima Virgen, que ya ahora, y sobre todo en su Reino, se volverán extraordinariamente poderosas, se les concederá a los hombres, no sólo los mayores grados de sensibilidad para con el Corazón de Jesús, sino una extraordinaria firmeza de voluntad en relación con sus regios diseños. Es decir, siendo Cristo nuestro Rey por derecho, tomaremos delante de Él la actitud de súbditos ante su monarca, aunque para defender su reinado tengamos que dar la vida luchando en los peldaños del trono.

El papel de las firmes convicciones

Es necesario añadir que nadie tendrá una voluntad firme si no tiene convicciones firmes. Quien no tenga una fe inquebrantable en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana será incapaz de grandes resoluciones. Cuando llegue la hora del sacrificio y del holocausto, existirá un choque. De hecho, si le sobreviene una amenaza al instinto de conservación de la vida o de los bienes que le convienen —como la riqueza, la reputación, la posición social, la salud—, la tendencia será salvarlos en beneficio del interesado. El egoísmo es la hipertrofia de este instinto.

En ese momento surgirá una pregunta soplada por el propio instinto:

«¿El motivo por el que voy a sacrificarme por Él se resistirá realmente al raciocinio?». Es un subterfugio que la cobardía humana encuentra para eludir el deber, sin tener la sensación de violarlo.

Entendemos, entonces, cómo la persuasión es un elemento fundamental de este conjunto de factores por los cuales Nuestro Señor Jesucristo es reconocido como Rey de los corazones.

Por lo tanto, nuestras certezas han de ser tan firmes o más que nuestras resoluciones. El católico debe decirse a sí mismo: «Tengo una fe inquebrantable, la cual excluye cualquier duda de que Jesucristo es mi Dios y Redentor, estuvo en la tierra, realizó todas las acciones narradas en el Evangelio,

entre otras la de fundar la Iglesia, enseñó la doctrina e hizo los milagros allí descritos; demostró mediante su Resurrección la veracidad de todo lo que Él es y dijo, y subió a los Cielos. Convencido de estas razones, estoy dispuesto a morir por Nuestro Señor».

Esos son los corazones hechos según el Corazón de Jesús. Él nos dio todas las pruebas posibles de ser nuestro archimodelo, habiendo hecho su sacrificio hasta el punto de gritar desde lo alto de la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46) y, a continuación, exhalar. La frase del Señor al buen ladrón —«Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43)— manifiesta su certeza y determinación de llegar hasta el final, a través de los peores obstáculos y las mayores dificultades.

Manantial de gracias y misericordias

Aún más. El Sagrado Corazón de Jesús es la fuente de donde irradian las gracias por las cuales somos capaces de adquirir esa certeza y esa fuerza de voluntad que el hombre, por sí mismo, es incapaz de poseer cuando tiene en vista fines sobrenaturales; únicamente lo logra con el auxilio de la gracia.

*Siendo Cristo nuestro
Rey por derecho, lo
será de hecho si esta-
mos convencidos de las
verdades de nuestra fe
y dispuestos a entre-
garnos a Él por entero*



João Paulo Rodrigues

Heraldos ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



El Dr. Plinio en una conferencia en 1991

A ello concurre el aspecto sensible del símbolo: el Corazón de Jesús es el receptáculo lleno de misericordia y de afecto para quien le suplique esas gracias. Desea concederlas y está a la espera, en la infinitud de sus riquezas, de que alguien le pida una parte o la plenitud de ellas —según la capacidad de quien las recibe— para responder de inmediato.

Entonces el Señor, Rey por derecho, se convierte en Rey de hecho. Si los hombres fueran así —y no importa que sean todos numéricamente hablando, sino la parte de mayor influencia e irradiación en la sociedad, aquella capaz de dirigir las voluntades—, el Reino de María estará implantado.

Eje del que todo se acerca o se aleja

Cumple analizar ahora el otro término de la invocación, que dice: centro de todos los corazones. La palabra *centro* —no el geométrico, pues se trata de una metáfora— sugiere la idea de una multitud de corazones con un punto de atracción en función del cual todos se mueven para aceptar o rechazar algo. Aunque no nos demos cuenta, los movimientos de la vida privada de cada uno, así como los de la Historia, se desarrollan en torno al Sagrado Corazón de Jesús.

A cada instante de nuestra vida, en todo acto que realizamos, estamos acercándonos o alejándonos del Sagrado Corazón de Jesús

Imaginemos un imán gigantesco alrededor del cual se disponen una inmensa cantidad de limaduras de hierro y un viento soplando sobre ellas. El viento tiende a dispersar las limaduras, mientras que el imán busca atraerlas.

Supongamos que cada una de las limaduras estuviera dotada de inteligencia y libre albedrío, y en todo momento, a causa del viento y de la atracción, se sintiera obligada a elegir entre acercarse o alejarse del imán. Esta es una imagen del significado de las palabras *Rey y centro de todos los corazones*. Así, a cada instante de nuestra vida, estamos acercándonos o alejándonos del Sagrado Corazón de Jesús. Es el sentido de todo acto que realizamos.

¿Quién sopla ese viento que dispersa y trata de alejarnos del Señor?

Evidentemente, es Satanás. Debemos estar continuamente caminando hacia el centro, es decir, hacia Dios, oponiéndonos a la atracción ejercida por el diablo. Por derecho, el Señor es el imán.

Y Él también lo es en el sentido de que ejerce un poder de atracción sobre todos los corazones. Pero le da al hombre el libre albedrío. Si éste lo rechaza, pecará y, si no se arrepiente, puede ir al infierno.

Estas consideraciones se aplican igualmente a los países que tienen como que una inteligencia y una voluntad colectivas, que constituyen la opinión pública. Ésta se mueve como las opiniones individuales, ya que es la síntesis o la suma de ellas. Así, cada uno de nosotros ejerce un pequeño o gran peso en la inclinación de la opinión pública, y tiene responsabilidad sobre su orientación hacia un lado u otro. De manera especial lo tienen los que pertenecen a un movimiento como el nuestro, cuyo objetivo específico es actuar en el consenso general para combatir el mal «viento» que sopla sobre la frágil limadura de la opinión individual, es decir, contrarrestar la acción del demonio sobre las almas, y crear condiciones favorables para que la atracción de Nuestro Señor Jesucristo se ejerza por completo.

En favor del Rey y de la Reina, su madre

En este sentido, somos soldados del Rey que tratan de conquistar para Él limadura por limadura, o partícula por partícula de la limadura, cuyo conjunto constituye la opinión pública, y llevarlas hacia ese divino centro de todos los corazones. Y, como destacábamos antes, el reinado de María se establecerá cuando la parte más poderosa, más ponderable y decisiva de la opinión pública haya conducido al género humano a pertenecer efectivamente al Corazón de Jesús.

En una palabra, el Reino de María es un medio necesario para que exista el Reino de Jesús, el cual representará

una inmensa gracia para la humanidad, una insondable misericordia para los hombres que poco o muy poco han hecho para merecerlo. Esta dádiva sólo nos será alcanzada por la Virgen, Mediadora de todas las gracias.

No hay nada imposible para quien confía

Finalmente, si tenemos en cuenta que la victoria por la que tanto nos empeñamos depende primordialmente de la gracia —sin la gracia no pasa, sin mucha gracia no pasa, sin torrentes de gracia no pasa...

[En ese preciso momento de su exposición, el Dr. Plinio, al hacer un gesto con su brazo izquierdo, sin querer derribó la copa en la que se le servía agua, colocada sobre una mesita a su lado. La copa, de fino cristal, golpeó el borde de la pequeña mesa y se proyectó hacia el suelo, cayendo boca abajo. Después de tocar la alfombra, saltó en el aire, se enderezó y finalmente aterrizó de pie. No sufrió el mínimo rasguño, como si hubiera sido puesta allí por una mano cuidadosa. El insólito hecho produjo una natural reacción, mezcla de sorpresa y encanto, en todos los que lo vieron. El Dr. Plinio aprovechó la circunstancia para sacar de ella una enseñanza más.]

Hablábamos de la necesidad de torrentes de gracias que dependen de la intercesión de Nuestra Señora, quien elige las ocasiones adecuadas para dispensarlas. A veces, cuando el alma, compenetrada de su miseria, se encuentra más tocada y orientada hacia la receptividad; a veces, en las peores horas de su vida espiritual, cuando la gracia actúa y vence nuestra maldad.

Insisto, por tanto, en la idea de que el papel soberano de la gracia y el de Nuestra Señora al obtenerla del Corazón infinitamente misericordioso de su Hijo, son decisivos en la historia.

En estas condiciones, no deberíamos preocuparnos, de manera crucial, por los factores y circunstancias humanos. Lo importante es que Dios, en su clemencia, nos sea propicio, lo cual podemos lograr rezándole a la Virgen.

Imaginemos que en el fondo de esta copa hubiera una gota de agua dotada de pensamiento. Estaría contenta de vivir dentro de un cristal, con sus destellos propios. No consideraría que el recipiente pudiera volcarse y diría: «¡Estoy en el fondo de esta copa y no me pasará nada!».

De repente, el cristal recibe un codazo de un orador poco cauteloso...



Copa de cristal fotografiada en el sitio exacto donde cayó de pie durante la reunión

La historia de la gota de agua en la copa nos lo demuestra: no hay nada difícil, no hay nada imposible para quien confía en Jesús y María!

La gota se asusta, siente un escalofrío y, al darse cuenta de que la copa se inclina peligrosamente, exclama: «No será nada. ¡Ten confianza en Nuestra Señora!». Cuando el cristal da una voltereta, se pregunta: «¿Qué será de mí ahora? Me voy a caer...». Pero continúa afirmando: «No será nada. ¡Ten confianza en Nuestra Señora!». Y la copa cae de pie.

Es decir, la virtud de la confianza es, al mismo tiempo, fruto y condición de la perfecta devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Por mayores que sean los embates que suframos, por más que parezca que estamos en una sucesión de desastres, confiemos en la Virgen. Y si los hechos desacreditan nuestra confianza, y Ella permite que demos volteretas, recordemos la metáfora de la gota de agua: se aferró con todas sus fuerzas a la superficie lisa de un cristal fascinante y, finalmente, notó que la copa cayó de pie.

Cuando nos dirijamos, pues, al Sagrado Corazón de Jesús, tengamos presente que Él es el Rey y centro de todos los corazones, Rey y centro de la historia, y consideremos la necesidad de poseer una mente y una voluntad firmes, una sensibilidad varonil y fuerte, que resista hasta los mayores eclipses de los sentidos y, en la peor de las arideces, permanezca con el inquebrantable deseo de ofrecerlo todo al Señor por medio de María, para que venga el Reino del Sagrado Corazón de Jesús, a través del Reino del Corazón Inmaculado de la Madre de Dios.

Alguien podrá decir: «¿Qué difícil es esto!».

Le respondo: «La historia de la gota de agua en la copa nos lo demuestra: ¡no hay nada difícil, no hay nada imposible para quien confía en Jesús y María!». ✧

Fragmentos de: *Conferencia*.
São Paulo, 7/6/1991.



SAN OTÓN DE BAMBERG

De canciller de Lucifer a embajador de Cristo

El itinerario espiritual de los bienaventurados no está libre de reveses; después de todo, como nosotros, son hijos de Adán, no de Júpiter.

✠ Ney Henrique Meireles



Nunca en la historia ha habido abogado más hábil que Nuestro Señor Jesucristo. De entre las afirmaciones pronunciadas por el divino Maestro, algunas parecen haber sido especialmente grabadas con cincel de artista, o pesadas con balanza de boticario, tal es la precisión del mensaje que transmiten y el universo de sutilezas que permiten entender.

Nada más justo, por ejemplo, que la recomendación de dar «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Lc 20, 25) —al fin y al cabo, la justicia, dice Santo Tomás,¹ es darle a cada uno lo que es suyo por derecho: *ius suum unicuique tribuere*. La afirmación del Evangelio hasta resultaría obvia, banal, fútil, si no fuera por un pequeño detalle.

Dado que Dios creó y sustenta el universo, a Él le pertenecen «la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes» (Sal 23, 1). Por tanto, cabe preguntarse: ¿queda algo para el César? Desde esta perspectiva, la división de bienes acuñada por Jesús se vuelve menos simétrica que a primera vista...

De hecho, los hombres no tendrían ninguna autoridad si no les hubiera sido dada de lo alto (cf. Jn 19, 11). Al «César» le corresponde doblar sus ro-

dillas ante Cristo y reconocer que todo viene de Él; cuando se niega a hacerlo, se apropia de lo que no le pertenece, aspira a ocupar el trono de Dios, como otrora lo hiciera el príncipe de los ángeles. Al obrar así, el gobernador se convierte en usurpador, César en Lucifer.

Pues bien, en plena Edad Media, en el corazón de la civilización cristiana, Lucifer adquirió un nuevo nombre: Enrique.

El mundo que conoció Otón cuando era joven

Famosa es la querella promovida por el emperador Enrique IV acerca de la investidura laica, es decir, de la

posibilidad de que un seglar confiara cargos eclesiásticos. Los intereses políticos del monarca le llevaron, de 1075 a 1076, a rebelarse contra la Santa Sede, nombrar obispos para varias diócesis y calumniar al papa San Gregorio VII. Éste lo excomulgó luego, deponiéndolo del trono.

Tras una supuesta conversión, que lo condujo a llamar, descalzo, en pleno invierno europeo, a las puertas del castillo de Canossa, Enrique volvió a insubordinarse y fue destituido de nuevo en 1080, eligiendo un antipapa en un intento de vengarse.

La noticia de tales convulsiones sacudió a toda la cristiandad y, naturalmente, al imperio en particular. Podemos dar por sentado que llegaron a oídos de un alemán de 18 años llamado Otón; quizá fuera la primera ocasión en que la vida del emperador excomulgado afectara a la de aquel joven, y lo cierto es que, lamentablemente, no fue la última...

El curso de los acontecimientos desemboca en la corte de Enrique

De hecho, consideramos posible que Otón ya no viviera en Alemania en el momento de la segunda deposición del emperador. Nacido de familia noble, pero carente de recursos,

En el corazón de la civilización cristiana, Lucifer adquirió un nuevo nombre: Enrique, un «César» que quiso apropiarse de lo que le pertenece a Dios

el joven de buena cultura, memoria singular y elegante apariencia decidió emigrar a Polonia para ganarse la vida como preceptor de niños. En poco tiempo, sus habilidades diplomáticas lograron la benevolencia de los grandes del país, incluido el propio duque de Polonia, Boleslao III.

La amistad entre ellos llegó a tal punto que cuando este último envió, en 1085, Otón, ya sacerdote, sirvió de instrumento para concertar el nuevo matrimonio, uniéndose a una delegación que pediría la mano de la novia. La futura consorte no era otra sino Judit, hermana de Enrique IV. En esta época comenzaron a entablarse las relaciones entre el emperador y él, las cuales serían bastante estrechas: unos años más tarde, Otón sería convocado a la corte.

Es difícil imaginar la delicada situación de conciencia del clérigo que, mientras se dedicaba a los oficios litúrgicos en la capellanía real, iba penetrando cada vez más —quizá instintivamente, quizá sin ni siquiera desearlo— en la confianza y amistad de aquel rey, por su parte a diversos títulos enemigo de la Iglesia. Según consta, San Otón le amonestó a regresar a la unidad visible del Cuerpo Místico y a la sumisión al verdadero pontífice. En todo caso, esto no fue suficiente para desmerecerlo ante Enrique, que lo nombró canciller. Y sólo era el comienzo...

Una encrucijada en el monte San Miguel

Con ocasión de la Navidad de 1102, cuando desde hacía unos meses la sede episcopal de Bamberg estaba vacante, el monarca cismático reunió a las más ilustres figuras eclesiásticas de su entorno para anunciarles oficialmente quién iba a ser el prelado de esa diócesis.

Paradójica escena: la procesión engalanada con toda la pompa de un imperio, rodeada de cruces, subía a la cima de un monte dedicado a San Miguel, a fin de conocer al próximo guar-

dián del rebaño de Bamberg —su futuro ángel, término éste empleado en el Apocalipsis para referirse a los obispos (cf. Ap 1–3). Presidiendo el cortejo, en el centro de todas las atenciones... Lucifer. Sí, pues Enrique realizaba esa investidura sin la autorización del Papa.

Mientras los legados cuchicheaban sobre posibles candidatos, Enrique tomó la mano de Otón y proclamó: «He aquí a vuestro señor, he aquí al obispo de la Iglesia de Bamberg».²

Hubo un clamor de descontento en la asamblea. Nadie esperaba ese nombre. Enrique IV defendió a su elegido con la truculencia que le caracterizaba y acabó con las discusiones en el ambiente, pero no pudo acallar la perturbación en el alma de Otón.

Al recibir la noticia, el joven clérigo se puso a llorar, se arrojó a los pies del emperador y le suplicó que el *munus* no le fuera conferido a él, pobre e indigno. Sin embargo, esta reacción no hizo sino solidificar a Enrique en su convicción de que había elegido al hombre adecuado; después de todo, la humildad y el desinterés son la cuna de la lealtad. Al final, Otón aceptó la investidura.

Claustro sagrado e impenetrable de la conciencia

¿Un acto de pusilanimidad? ¿Una prevaricación? ¿Su amistad con el monarca le habría hablado más alto que su sumisión a Roma?

El hecho de que San Otón esté canonizado por la Iglesia no impide, *per*

se, que surjan perplejidades de este tipo. A fin de cuentas, ¿cómo podemos determinar el momento exacto en el que alguien ha cruzado el umbral de la santidad? Los propios bienaventurados divergen a la hora de seccionar las etapas de este enigmático itinerario: Santo Tomás lo divide en tres grados de caridad; Santa Teresa, en siete moradas; el Beato Suso, en nueve rocas. Esto demuestra que, en definitiva, se trata de un camino continuo, cuyo final sólo se encuentra en el Cielo.

Es más, el estudio de la historia nunca constituirá una ciencia exacta;



Reproducción

Enrique IV, de Eduard Ihlée - Ayuntamiento de Frankfurt (Alemania). En la página anterior, San Otón - Iglesia de San Salvador, Passau (Alemania)

Es difícil imaginar la delicada situación de la conciencia de Otón, que iba penetrando en la confianza de un rey enemigo de la Iglesia en muchos sentidos

un mismo acto puede ser virtuoso o pecaminoso, según la intención con la que se realice. Un discreto matiz, sí, pero tan determinante como lo que diferencia la composición molecular del carbón y la del diamante.

¿Estrategia de guerra?

En efecto, el futuro obispo de Bamberg se hallaba en una delicada posición. Infiltrado en el ojo del huracán, en el núcleo del oponente, lo echaría todo a perder con un paso en falso. Ya había renunciado a dos intentos de nombramiento al episcopado. ¿Qué sucedería después de un tercero?

Pesa mucho a su favor que tras haber aceptado el cargo decidiera no permanecer nunca en él sin la ratificación de Su Santidad, Pascual II, motivo por el cual le envió una misiva en tono sumiso. Y la respuesta no sólo fue positiva, sino calurosa.³

Es posible que aquello se tratara de un movimiento estratégico. En su sagacidad, habría elaborado una manera de aceptar el cargo de modo que beneficiara a la Santa Iglesia.

Sea como fuere, las dudas acerca de la propia fidelidad siempre flotarán sobre la conciencia de todo hombre, incluso en la de los santos —y me atrevo a decir: especialmente en la de los santos. A pesar del rescripto de Pascual II, San Otón quiso pasar tres años preparándose para la consagración episcopal, pues no se sentía digno. Sólo en 1106 se dirigió a Roma para ser ordenado.

También un problema de conciencia

Después de algunos contratiempos en el camino —un tal conde Adalberto lo había capturado en los valles tirolese y el santo fue liberado únicamente mediante el uso de las armas—, llegó a Roma el día de la Ascensión y de allí marchó hacia Anagni para encontrarse con el Papa, quien le pidió que esperara algún tiempo, hasta la fiesta de Pentecostés. Entonces San Otón se

volvió a su alojamiento para descansar, o al menos intentarlo...

Durante la noche, otra crisis de escrúpulos lo asaltó: ¿estaría preparado para soportar la carga episcopal? La prueba fue tan fuerte que al día siguiente se puso nuevamente en camino, decidido a regresar a su tierra natal para vivir como un particular.

Podemos imaginarnos la aflicción de sus compañeros de viaje. Solamente un loco adoptaría una actitud tan incoherente. De hecho, pocos son capaces de comprender la dureza de los problemas de conciencia que afectan a los santos.

Otón ya llevaba recorrido un día entero cuando avistó a los nuncios del

Otón había enseñado, había servido como capellán del emperador, había sido canciller y obispo; pero le faltaba aún un galardón: el de misionero

Papa, quienes venían a ordenarle que retornara a Anagni para su consagración. Era Dios diciéndole, como otra vez al Apóstol: «Te basta mi gracia» (2 Cor 12, 9).

San Otón y la Iglesia de Bamberg

La ceremonia tuvo lugar el día de Pentecostés y Otón regresó a Bamberg a principios de 1107.

Sería muy extenso narrar detalladamente la excelente administración del santo, manifestada ya sea en su vigilancia por mantener el rebaño en el redil de Roma, a pesar de la delicada situación diplomática con el emperador —en aquel tiempo, Enrique V—, ya sea en su esfuerzo por enervorizar

al clero, ya sea por el gran número de basílicas y monasterios que construyó, uno de ellos, por cierto, a petición de San Norberto, para albergar una comunidad de premonstratenses.

Como buen medieval —o mejor dicho, como hombre de fe— San Otón estaba convencido de que la santidad monástica era la clave para sustentar la práctica de la virtud, tanto en el clero como en los laicos, por lo cual puso gran empeño en fomentar la vida religiosa, hasta el punto de recibir el sobrenombre de *padre de los monjes*. Por ejemplo, de sus manos recibió Santa Hildegarda el velo.

Pero este período no fue la etapa más brillante de la trayectoria del obispo de Bamberg. Ya había hecho de todo: había enseñado, había servido como capellán de un duque y de un emperador, había sido canciller y, finalmente, obispo. Aún le faltaba un galardón: el de misionero.

Bamberg recibe una visita

A finales de 1122, con ocasión de un concilio de la corte, visitaba Bamberg un personaje singular: era obispo, de origen español; no obstante, algo en su austeridad le daba el aire de un ermitaño del desierto. Su nombre, Bernardo.

Este prelado gozaba de gran fama de santidad y celo, motivo por el que San Otón hizo hincapié en recibirlo y de oír de él sus más recientes aventuras en favor del Evangelio.

Bernardo le contó cómo había convencido al duque de Polonia para que le diera autorización para ir a Pomerania, con el fin de convertir a los pueblos paganos que la dominaban. También describió cómo había entrado en la región descalzo y vestido toscamente, con la esperanza de esparcir las semillas del Reino de Dios, y cómo los pomeranos lo juzgaron según las apariencias y, pensando que era un indigente que había ido a ellos en un intento de conseguir comida fácil, lo expulsaron del país.

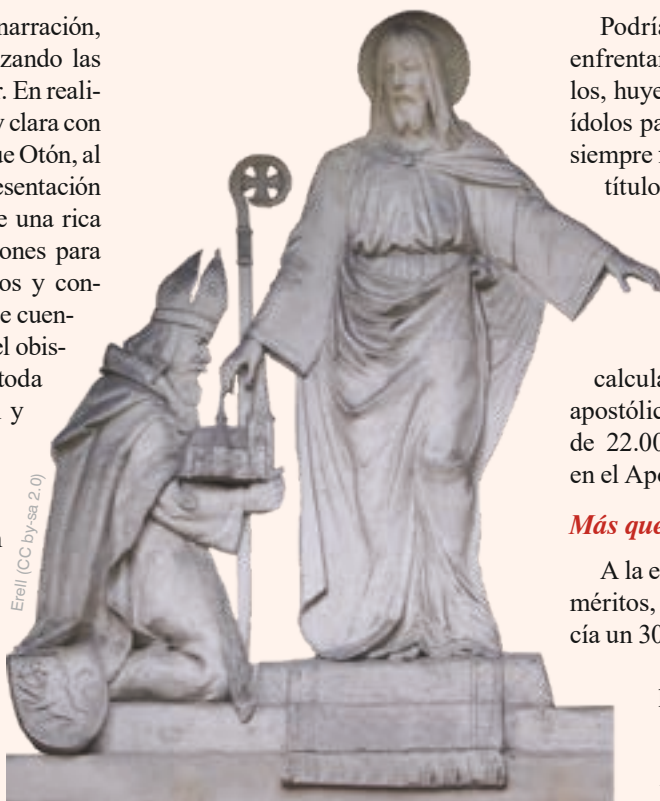
Mientras desarrollaba la narración, el prelado ibérico iba analizando las reacciones de su interlocutor. En realidad, tenía una intención muy clara con todo ese discurso... Sabía que Otón, al gozar de una excelente presentación personal y estar al frente de una rica diócesis, poseía las condiciones para impresionar a los pomeranos y conquistarlos para la fe. Al darse cuenta de la buena disposición del obispo de Bamberg, se valió de toda su capacidad de persuasión y le hizo la propuesta.

Apóstol de Pomerania

La petición iba también reforzada por una embajada de Boleslao IV, quien, combinando lo útil con lo agradable, pretendía convertir a aquellos pueblos para hacerlos un poco más tratables. El duque de Polonia también prometió apoyo logístico para la misión.

Conforme atestigua un biógrafo contemporáneo,⁴ el corazón de San Otón se enardeció de alegría con ambas propuestas. Tras haber enviado meticulosamente una petición de autorización a Calixto II —sin duda, no quería repetir las amargas experiencias del pasado—, dispuso los preparativos de la misión. Empezaba una nueva etapa en la existencia de nuestro santo —o más bien, la segunda gran odisea de su vida. En la primera había librado una lucha interior; ahora libraría una guerra exterior, una campaña de conquista. Aquel que una vez, aunque quizá sin culpa suya, pudiera llamarse «canciller de Lucifer», ahora merecía el título de embajador de Cristo.

Ya no los ambientes palaciegos de los tiempos de la capellanía imperial, ya no las sutilezas del trato entre hombres de poder. Protegida por densos bosques, repletos de serpientes y animales salvajes, Pomerania abrigaba



San Otón entrega la Iglesia de Pomerania a Cristo, iglesia memorial Wartislav - Schleswig-Holstein (Alemania)

*Las batallas interiores
del Apóstol de
Pomerania revelan
que comparte nuestra
frágil carne y está
más cerca de nosotros
de lo que pensamos*

un pueblo temible, que consideraba normal, entre otras cosas, asesinar a sus propias hijas, y que recientemente había crucificado a un misionero.

Poco antes de su viaje se había producido allí una revuelta contra el yugo de Boleslao, revuelta que el duque ahogó en sangre. Todavía se veían cadáveres en descomposición por las calles.

Podríamos describir a San Otón enfrentando todo tipo de obstáculos, huyendo de ciudades, quemando ídolos paganos, realizando milagros, siempre fiel a un plan de guerra, cuyo título bien podría ser: la evangelización a través de la belleza, pues su método consistía en encantar a los nativos con la magnificencia de ornamentos litúrgicos. Se calcula que, a lo largo de su labor apostólica, San Otón bautizó a más de 22.000 personas, convirtiéndose en el Apóstol de Pomerania.

Más que un santo, un amigo

A la edad de 77 años y colmado de méritos, el embajador de Cristo falleció un 30 de junio de 1139.

Analizada en profundidad, la vida de este santo —por cierto, como la de todos los demás— desmonta un mito. Nos muestra que el itinerario espiritual de los bienaventurados no está libre de reveses y remordimientos de conciencia; después de todo, como nosotros, son hijos de Adán, no de Júpiter.

Esta batalla interior, que libraron para apartarse del mundo, nos revela que están más cerca de nosotros de lo que pensamos. Los amigos de Dios son también nuestros amigos, porque comparten nuestra frágil carne; contemplan nuestras batallas espirituales ansiosos por ayudarnos, a la manera de un hermano mayor que mira al benjamín y le dice: «Créeme, yo he pasado por eso». ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 58, a 1.

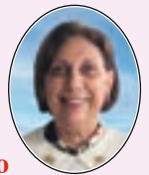
² SANCTI OTTONIS VITA, c. VI: PL 173, 1272.

³ Cf. SAN OTÓN DE BAMBERG. *Epistolae et diplomata*: PL 173, 1313-1315.

⁴ Cf. EBO; HERBORDUS. *The Life of Otto: Apostle of Pomerania*. London: Society for Promoting Christian Knowledge, 1920, p. 25.

Donde haya alguien en dificultad, ahí estará Dña. Lucilia

Si no tuviéramos dificultades, Dña. Lucilia no tendría la ocasión de manifestarnos su maternal protección... Así, en los momentos de gran aflicción es cuando ella tiene la mejor oportunidad de demostrar su inmensa bondad.



✠ **Elizabete Fátima Talarico Astorino**

La misma dedicación maternal que tanto caracterizó a Dña. Lucilia durante su vida brilla hoy en las intervenciones que obra junto a quienes devotamente solicitan su auxilio. A continuación, presentamos una pequeña mues-

tra del vasto «campo de batalla» que recorre esta madre para socorrer a las personas afligidas.

Una enfermedad grave, a edad temprana

Con el corazón lleno de alegría y gratitud, Thalita Marotta Imoto Sato, residente en São Paulo, narra un favor alcanzado por intermedio de Dña. Lucilia: «Mi hija Luisa nació sana el 19 de octubre de 2015. Hasta su primer año de vida, ni siquiera

había tenido fiebre. Sin embargo, con un año y diez meses, después de empezar un cuadro febril, tuvo su primera convulsión».

Llevada sin demora a un hospital, la pequeña fue sometida a varias pruebas y se constató que tenía meningitis viral. No obstante, ése sólo fue el comienzo de una larga búsqueda de un diagnóstico definitivo, que tardó cuatro años en llegar, conforme lo narra su madre:

«Al principio, cada cinco semanas Luisa tenía fiebre sin motivo aparente. El intervalo iba acortándose y los síntomas empeoraban. Además de esa fiebre inmotivada, presentaba un cuadro alérgico a medicamentos, colorantes, algunos alimentos y a todos los conservantes y estabilizantes. No podía comer fuera de casa ni siquiera usar utensilios domésticos que no fueran los nuestros.

»El estado de mi hija fue empeorando. Las convulsiones eran constantes y el miedo de no saber si despertaría al día siguiente nos ace-



Doña Lucilia en mayo de 1941

*La dedicación
maternal que en vida
tanto caracterizó a
Dña. Lucilia brilla hoy
en las intervenciones
que ella obra en quienes
piden su auxilio*

chaba. Luisa estaba constantemente ingresada en la UCI, pues los médicos no sabían qué tenía. Su corazóncito reflejaba que algo no iba bien. Tenía taquicardia durante la fiebre y, mientras convulsionaba, los latidos de su corazón oscilaban mucho: por ejemplo, de doscientos veinte latidos por minuto a cincuenta».

Luisa y sus padres sufrieron mucho con el progreso de una enfermedad de la que no obtenían un diagnóstico seguro. Poco antes de cumplir los 3 años, la niña estuvo al borde de la muerte debido a una grave reacción alérgica a un medicamento que le administraron.

«Ése es mi camino de santidad»

Sin embargo, los largos años de sufrimiento fueron una ocasión de gracia para Thalita, quien, «como el hijo pródigo, regresaba a la casa del Padre». Luisa ya tenía 4 años cuando los médicos le diagnosticaron epilepsia por crisis de ausencia.

«Ese día —dice la madre— me vio triste y me preguntó por qué. Le respondí que el resultado de las pruebas no era tan bueno y por eso estaba un poquito triste. Su respuesta fue: “Mami, ¿tú no rezas todos los días *hágase tu voluntad*? Ésa es la voluntad del Papá del Cielo y es mi camino de santidad”. Yo no sabía qué era *camino de santidad*, no sabía cómo se lo habían enseñado, porque siempre estábamos juntas, siempre, no la dejaba sola, pues podía tener una convulsión en cualquier momento. Afortunadamente, Luisa, aun siendo tan pequeña, nos mostraba cómo su fe y su amor a Dios eran indestructibles».

Con ocasión de otro ingreso en la UCI, el médico le diagnosticó síndrome autoinflamatorio y remitió a la paciente a un especialista. Éste empezó el tratamiento con corticoides. «Cada tres semanas tomaba unos

60 mg del medicamento, lo que la dejaba inmunodeprimida. Su pronóstico no era bueno, el médico que la acompañaba me dijo que no sabíamos cuánto tiempo respondería al tratamiento con corticoides».



Luisa sosteniendo en sus manos una réplica del «Quadrinho» de Dña. Lucilia

*«Si hoy mi niña
está sana es gracias
a la intercesión de
Dña. Lucilia.
¡Que muchas familias
puedan conocer
sus cuidados!»*

«Si creyera usted en los milagros...»

En esta sombría perspectiva, finalmente brilló un rayo de esperanza: «En noviembre de 2021 conocimos a los Heraldos del Evangelio. Un sacerdote de esa asociación rápidamente se puso a disposición del cuidado espiritual de mi familia, prometió rezar por

la curación de Luisa y me habló acerca de la devoción a Dña. Lucilia. Entonces comenzamos a rezarle, pidiéndole que se hiciera cargo de toda la vida de Luisa y obtuviera su curación. Todas las noches, cuando Luisa se dormía, yo iba a su habitación, rezaba un rosario de jaculatorias a Dña. Lucilia y le entregaba mi pequeña a su cuidado. Le pedía que si no era posible lograr su curación fuera ayudada a afrontar todos los pronósticos del síndrome y que su fe y su confianza nunca se debilitaran».

En una de las numerosas consultas, Thalita le preguntó al médico si su hijita al menos podría mejorar con el tiempo, y recibió esta respuesta nada alentadora: «Si creyera usted en los milagros, ella podría mejorar».

Que muchas familias puedan conocer a Dña. Lucilia

Entonces decidió, junto con el sacerdote, establecer «metas» para los intervalos febriles de la pequeña Luisa; es decir, pedían que, por intercesión de Dña. Lucilia, Luisa no presentara ningún síntoma de la enfermedad en un plazo determinado.

Narra Thalita: «El primer plazo era que se mantuviera bien, sin ningún síntoma, durante once semanas. Increíblemente, Luisa no tuvo nada en ese período. Luego pasamos a la segunda meta, la de veintidós semanas; pero, después de sólo nueve semanas, Luisa tuvo síntomas del síndrome, el 31 de julio. El sacerdote no me dejó que perdiera la fe ni la confianza. Intensificamos las oraciones y Luisa nunca volvió a presentar ningún síntoma de la temida enfermedad».

Agradecida y profundamente ligada a su bienhechora, Thalita finaliza su relato con este expresivo testimonio: «Doña Lucilia cuidó y sigue cuidando de mi familia con todo el amor materno que tanto necesitamos. La

Muy afligida con la desaparición de su hijo, Lourdes no lo dudó: «Me arrodillé ante su cama y empecé a pedirle ayuda a Dña. Lucilia»

vida de mi Luisa me enseñó no sólo el verdadero amor a los designios de Dios, sino a confiar siempre, nunca desanimar. Y si hoy mi niña está sana es gracias a la intercesión de Dña. Lucilia y a la confianza incansable del sacerdote heraldo que nos orientó. ¡Que la Santísima Virgen permita que muchas familias puedan conocer los cuidados de Dña. Lucilia!».

Aflicción de una madre en busca de su hijo

María de Lourdes Cunha reside en Mairiporã (Brasil), frecuenta asiduamente una de las capillas que están a cargo de los Heraldos del Evangelio en la región y es una gran devota de Dña. Lucilia. Al oír numerosas narraciones de gracias obtenidas por su intermedio, se sintió animada a enviarnos el relato de un favor alcanzado por intercesión de esta tan solícita madre, aunque el episodio ocurriera unos años atrás.

Cuenta que su hijo Igor, por entonces con 16 años, le pidió permiso para ir con unos amigos a un espectáculo que tendría lugar en el centro de São Paulo. Prometió regresar antes del anochecer. Como su hijo era muy cumplidor de la palabra dada, Lourdes se extrañó profundamente cuando oscureció y no había aparecido. Intentó numerosas veces localizarlo en el móvil, todas en vano.

Finalmente, sobre las diez de la noche, uno de los amigos que habían sali-



Lourdes con una fotografía de Dña. Lucilia

do con él atendió la llamada. «¿Dónde está Igor?», preguntó ella. Y recibió la preocupante respuesta de que su hijo no se sentía bien y que por eso se había quedado en el sitio del espectáculo. Llena de angustia, Lourdes quiso saber qué había pasado, pero el supuesto amigo de su hijo, como única respuesta, apagó el móvil. «Llamaba de nuevo y ya no atendía nadie. Me desesperé».

Entonces decidió pedirle ayuda a una de sus hermanas. Ella se ofreció a ir con su marido en busca del joven a la ciudad de São Paulo. Sin embargo, ya era media noche cuando consiguieron llegar al local del espectáculo y sólo pudieron constatar que había terminado todo, el recinto ya estaba cerrado. Lo buscaron en el centro de emergencias más cercano; no estaba allí. Con gran pesar, le comunicaron a Lourdes que no habían encontrado a su hijo y que al día siguiente tendría que denunciar su desaparición a la Policía.

En los momentos de angustia, recurso a la oración

¡Imaginémonos la angustia de una madre en tales circunstancias! ¿Qué

hizo Lourdes? Nos lo cuenta ella: «Cogí mi rosario, fui a la habitación de Igor, me arrodillé ante su cama y empecé a pedirle ayuda a Dña. Lucilia. Rezaba el rosario y le rogaba que no le pasara nada, que ella lo guardara donde él estuviera. A medida que iba pidiendo, me fui calmando. Cuando mi hermana llegó a su casa, alrededor de las dos y media de la madrugada, me llamó y me dijo: “¡Igor está aquí en mi casa!”».

¿Cómo debió condolerse el corazón de Dña. Lucilia al ver el tormento de Lourdes! Su auxilio, como buenísima madre, no podía hacerse esperar. ¿Pero qué había ocurrido realmente?

«No tengas miedo, estoy aquí contigo»

Al día siguiente, Lourdes interrogó a su hijo sobre los pormenores del incidente. Él tampoco sabía lo que había pasado. Probablemente sus compañeros le dieron alguna bebida que le hizo daño y se sentó en algún rincón para recuperarse del malestar que tenía, y sus «amigos» lo abandonaron allí.

Antes de perder el conocimiento, Igor vio que se le acercaba una mujer con la intención de ayudarlo y que le dijo con dulzura: «Igor, no tienes por qué asustarte, estoy aquí contigo». Y cogiéndole de las manos afirmó: «¡No tengas miedo, te pondrás bien!».

¿Quién era esa benemérita mujer? Igor no lo sabía. Pero Lourdes no tuvo la menor duda: como ella misma no podía ir en socorro de su hijo, Dña. Lucilia se encargó de ampararlo en aquella difícil situación.

Lourdes cuenta que a partir de ese momento «su hijo no vio nada más»; al parecer, alguien pasó por allí y lo llevó a urgencias, donde le dieron la medicación adecuada y se recuperó.

Agradecida, recuerda el episodio con emoción, porque Dña. Lucilia, que en la eternidad sigue siendo una

eximia madre, atendió con presteza sus oraciones, tomando para sí el cuidado de su hijo.

Inesperado cambio temperamental

Desde la ciudad de Sullana (Perú) nos escribe Esther Seminario relándonos dos episodios de la pronta intervención de Dña. Lucilia para sacarla de situaciones embarazosas.

Se había desplazado hasta otra localidad para realizar un procedimiento médico y cuando llegó al hospital, alrededor de las ocho de la mañana, se topó con un obstáculo inesperado: «La persona encargada [de darle cita] estaba, sin motivo alguno, extremadamente irritada y atendiendo de muy mala gana. Al esperar tanto tiempo, algunos pacientes se ofuscaron y empezaron a protestar. La primera que estaba en la cola era yo. Sin embargo, lejos de atenderme, sin explicación alguna —quizá creyendo que yo había sido la del reclamo—, de forma contundente me dijo que me esperara hasta el final, porque se demoraría dándome muchas indicaciones; que me atendería a partir de las doce y media».

Pero Esther ya había comprado el billete de vuelta a su ciudad precisamente en ese horario. No le quedaba más que un recurso: rezar. «En tal situación, me pregunté: ¿Qué hago? ¡Dios mío, ayúdame, ilumíname! E inmediatamente vino a mi pensamiento Dña. Lucilia. Portaba en el bolsillo de mi casaca una fotografía de ella; la saqué y me puse a rezar la novena irresistible al Sagrado Corazón de Jesús y a pedir la intercesión de Dña. Lucilia. Cuál no sería mi sorpresa que ni siquiera había terminado de rezar la novena y de pronto... se me acerca aquella misma auxiliar, muy sonriente, invitándome a pasar y me da una cita para mi intervención y procedimiento médico. Definitivamente, esta persona pasó de la irritabilidad en grado extremo

a una total serenidad y amabilidad increíbles. No dudo que allí estuvo Dña. Lucilia».

Antes de salir del hospital, Esther hizo una rápida visita a la capilla, donde se encontró con un hombre llorando desconsoladamente y, arrodillado, rezando por un familiar enfermo. Condolida al ver su angustia, le regaló la estampa de Dña. Lucilia, explicándole brevemente cómo valía la pena recurrir a ella.

Continúa su relato: «Ese hombre me lo agradeció y manifestó que pediría con todas sus fuerzas la intercesión de Dña. Lucilia. Salí muy reconfortada por haberle dado la estampa de Dña. Lucilia a una persona necesitada, pero al mismo tiempo triste porque me había quedado sin ella. Pensé que no llevaba otra conmigo, pero para mi sorpresa encontré otra en mi bolso. Así que me sentí segura de portarla a mi retorno».

Una nueva dificultad, un auxilio más

Esther no se imaginaba lo mucho que iba a necesitar del auxilio de su protectora en el viaje de vuelta a casa. Narra ella:



Esther con la biografía de Dña. Lucilia en sus manos

«Ya regresando en el bus a mi ciudad, el vehículo fue interceptado por tres motocicletas, con dos personas en cada una. Portaban armas de fuego y, como el bus no se detenía, empezaron a arrojar piedras y atravesaron los motores, cerrando el paso; entonces el bus se detuvo. La desesperación y el pánico se apoderaron de los pasajeros, entre ellos, muchos niños. “¡Es un asalto! Escondan su dinero, tiren al piso sus móviles”, gritaban algunos.

»En ese momento de desesperación, recurrí nuevamente a Dña. Lucilia. Saqué la estampa y, con ella en la mano, a viva voz decía yo: “Doña Lucilia, madre nuestra, ¡ayúdanos!” Repetí y repetí esa jaculatoria, y me serené. Llamé a mis hermanas —que circunstancialmente estaban en la ciudad y también son devotas de Dña. Lucilia— para que se comunicaran con la Policía. Varios pasajeros hicieron lo mismo.

»Finalmente, la Policía intervino y capturó a los delincuentes. Ningún pasajero sufrió daño físico, ni robo alguno. El susto fue tremendo. La poderosa intervención de Dña. Lucilia permitió que llegáramos sanos y salvos a nuestro destino.

»Quiero concluir diciendo que mi esposo, testigo de los sucesos que acabo de narrar, ahora también es devoto de Dña. Lucilia y recurre a su maternal intercesión en cada situación de necesidad». ✧

*Al ver que aquellos
hombres armados
asaltarían el autobús
en el que estaba,
Esther rogó en voz
alta: «Doña Lucilia,
¡ayúdanos!»*



Perú – El 7 de abril, Domingo de la Misericordia, miembros y cooperadores de los Heraldos del Evangelio participaron en la procesión realizada en el santuario del Señor de la Divina Misericordia, de Lima, que comenzó poco después de la misa celebrada por Mons. Paolo Rocco Gualtieri, nuncio apostólico en el país.



España – Una nueva casa de los Heraldos del Evangelio fue inaugurada en Cartagena, provincia de Murcia, el 11 de abril. El obispo diocesano, Mons. José Manuel Lorca Planes, presidió la misa de inauguración y bendijo el edificio, en cuya capilla se conservará el Santísimo Sacramento (fotos 1 a 3). En el mismo mes, nuevos esclavos de amor se consagraron a la Santísima Virgen por el método de San Luis María Grignon de Montfort, en la iglesia de Santa Teresa y San José, de Madrid (fotos 4 y 5).



Fotos: David Ayuso

Nueva parroquia en Brasilia

En una misa solemne celebrada el 27 de abril, el cardenal Paulo César Costa, arzobispo de Brasilia, creó la parroquia de Jesús Buen Pastor y la confió a la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli. En la ocasión, fueron nombrados como párroco el P. Lourenço Isidoro Ferronato, EP, y como vicario parroquial el

P. Stywart Andrey Almeida Durães, EP. Concelebraron el cardenal Raymundo Damasceno Assis, arzobispo emérito de Aparecida, y Mons. Carlos Henrique Silva Oliveira, obispo de Tocantinópolis, y un gran número de sacerdotes.

La nueva parroquia está localizada en Cidade Estrutural, una de las regiones más necesitadas del Distrito Federal.



Fotos: Diego Flores

El Salvador – Una cena benéfica en pro de la construcción de la iglesia de los Heraldos del Evangelio se llevó a cabo el pasado 15 de abril en las instalaciones del Hotel Hilton de San Salvador. La coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María por Mons. Luigi Roberto Cona, nuncio apostólico en el país, precedió a la comida, que fue animada por el coro de la institución.



México – Ciento ochenta profesores y todo el equipo administrativo del Instituto México, de la localidad de Puebla, participaron en un retiro predicado por el P. Jonás Venero Sananes, EP, el pasado 22 de marzo. Las charlas versaron sobre la misericordia, el perdón de Dios y la humildad. El programa finalizó con la santa misa.



Italia – El 8 de abril, setenta devotos de María Santísima renovaron su consagración según el método de San Luis María Grignon de Montfort, en la Iglesia de San Benedetto in Piscinula, de Roma (fotos 1 y 2). Y con ocasión de la fiesta de la patrona de Borbiago, Mira, los Heraldos del Evangelio animaron la procesión realizada en memoria de las apariciones de la Virgen del Pozo en ese municipio (fotos 3 a 5).

Bajo el manto de la Virgen de Fátima

El 13 de abril fieles de todo el país acudieron al Santuario de Nuestra Señora de Fátima, de Portugal, para el XIX Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio de María, Reina de los Corazones. El programa comenzó con la coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María por Mons. Manoel Linda, obispo de Opor-

to, seguida de la santa misa. A continuación, hubo adoración al Santísimo Sacramento y al término del rezo del rosario todos se dirigieron en procesión a la Capilla de las Apariciones. Estuvo presente el P. Ricardo José Basso, EP, gran predicador mariano y promotor de la consagración como esclavo de amor a la Santísima Virgen.



Fotos: Nuno Moura



Fotos: Hugo Alves

Portugal – Estando en el país para participar en el XIX Encuentro Nacional del Apostolado del Oratorio de María, Reina de los Corazones, el P. Ricardo José Basso, EP, también celebró una misa en la casa de los Heraldos, de Guimarães, ocasión en la que muchos devotos de la Santísima Virgen renovaron su consagración a Jesús por las manos de María, según el método de San Luis María Grignon de Montfort.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Noventa años de la canonización de San Juan Bosco

La Comunidad Salesiana celebró el 1 de abril el nonagésimo aniversario de la canonización de su fundador, San Juan Bosco. El santo taumaturgo y amigo de los jóvenes fue beatificado en 1929 y canonizado en 1934 por el papa Pío XI.

El recuerdo de esta señalada fecha pone de relieve el papel de Don Bosco en la historia de la Iglesia, la importancia de su sistema preventivo para la educación y formación de los jóvenes y la monumental obra en pro de la gloria de Dios que nació de su íntima relación con María Auxiliadora y que aún hoy produce abundantes frutos.



Reproducción

Misa congrega a centenares de jóvenes en Francia

La belleza de la liturgia eucarística puede convertir a multitudes. Eso es lo que está sucediendo en una facultad de Francia, donde una singular misa celebrada a la luz de las velas y acompañada de los cantos de un coro polifónico está suscitando un movimiento de restauración y avivamiento de la fe. La iniciativa empezó en 2016 con tan sólo seis estudiantes de la Universidad Católica de Lille, y hoy

reúne a casi mil participantes todos los martes.

El «milagro de Lille», como ha sido conocido ese fenómeno, está floreciendo en gran número de conversiones y bautizos, atrayendo hacia Dios a jóvenes alejados de la religión y educados en una nación fuertemente descristianizada.

facebook.com/arquidiocesisdequito



Ecuador renueva su consagración al Corazón de Jesús

Como parte de las celebraciones por los 150 años de la consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús, realizada el 25 de marzo de 1874 por el entonces presidente de la República, Gabriel García Moreno, el arzobispo de Quito y primado de Ecuador, Mons. Alfredo José Espinoza Mateus, SDB, renovó la histórica entrega durante una misa celebrada en la basílica del Voto Nacional, de Quito.

El prelado subrayó la importancia del acto, en el que «Ecuador pone su corazón en el Corazón de Jesús para amar, para servir», deseando que Dios intervenga en los acontecimientos de la nación: «¡Todo es tuyo, salva a Ecuador!».

Ochocientas iglesias abiertas en Viena

La archidiócesis de Viena ha llevado a cabo en abril su primera *Jornada de Puertas Abiertas*, que propone mantener abiertas todas las iglesias de la ciudad durante un día entero. La fecha elegida para el lanzamiento de dicha iniciativa fue la fiesta de San Conrado, el día 21, por haber sido un monje portero muy volcado en la atención a los peregrinos.

La ciudad cuenta con 800 iglesias, y los organizadores de la campaña esperan fomentar una mayor participación de los fieles en las parroquias.

La Conferencia Episcopal Francesa divulga un vídeo sobre exorcismo

La Conferencia Episcopal Francesa difunde un breve vídeo sobre el ministerio del exorcistado, con el objetivo de normalizar cada vez más el uso de este sacramental y aclararles a los fieles su naturaleza y finalidad. En el vídeo, titulado *Un sacerdote nos explica el exorcismo católico*, el P. François Buet cuenta su experiencia personal como exorcista en la diócesis de Marsella, los peligros a los que el demonio expone las almas, los remedios espirituales necesarios para superar la acción diabólica e incluso la duración de las sesiones de exorcismo.

Además de trabajar junto con colaboradores y psicólogos para evaluar mejor el caso de los fieles que necesitan ayuda, el exorcista afirma que la oración y el sacramento de la Penitencia son importantes armas en la lucha contra el Maligno.



www.cidadecultura.gal

Obras maestras de Tierra Santa expuestas en Compostela

Una exposición de obras de arte procedentes de Jerusalén ha sido organizada por el Museo Centro Gaiás en Santiago de Compostela (España) y estará abierta al público hasta el 4 de agosto. La colección, titulada *Tesoros reales. Obras maestras del Terra Sancta Museum*, reúne parte del poco conocido tesoro artístico donado a la basílica del Santo Sepulcro por las casas reales europeas a lo largo de 500 años.

Entre las piezas expuestas se encuentran valiosos objetos religiosos elaborados con metales y piedras preciosas, cálices, joyas, códices, ornamentos y paramentos litúrgicos de rica manufactura.

La exposición visitará también otras ciudades de Europa y de Estados Unidos.

basilicasantamariamaggiore.va



Histórica campana regresa a Santa María la Mayor

La Basílica Papal de Santa María la Mayor recibió una vez más, después de 140 años de ausencia, la campana conocida como *La sperduta* —La perdida—, en memoria de una peregrina que se perdió durante la noche y que, gracias al toque de la campana, encontró el camino de regreso a la ciudad.

La histórica campana, cuyos orígenes se remontan al apogeo artístico de la época del papa Nicolás IV, en el siglo XIII, había sido donada a la basílica por el senador romano Pandolfo Savelli y se encontraba en lo alto de la torre del recinto sagrado, que hasta hoy es el punto más elevado del centro de Roma. Sin embargo, tras su rotura, fue trasladada a los Museos Vaticanos por orden del papa León XIII. Ahora regresa a su basílica y se exhibirá a lo largo del recorrido que conduce al balcón de las bendiciones.

Nueva prueba de autenticidad de la Sábana Santa

William Meacham, arqueólogo estadounidense miembro de la Shroud of Turin Education and Research Association y experto en el Santo Sudario desde 1981, ha dado a conocer los

resultados de un estudio realizado recientemente con una pequeña muestra de la Síndone de Turín, con el fin de determinar la procedencia del tejido. Las pruebas de Meacham, realizadas en el Laboratorio de Isótopos Estables de la Universidad de Hong Kong, reunieron muestras de lino de regiones de Europa, Egipto y Oriente Próximo, y señalan a Israel como el país de origen del tejido de la Sábana Santa.

El resultado refuerza descubrimientos anteriores que apuntan al Levante como el sitio originario del Santo Sudario, como la presencia de polen de especies florales del Mediterráneo oriental, las heridas alrededor de la cabeza que sugieren una corona de espinas en forma de casco, característica de esa región oriental, y la existencia de monedas en los ojos del sagrado rostro, costumbre funeraria judía.

facebook.com/penhacvento



Nuestra Señora de la Peña congrega a casi 3 millones de fieles

La tradicional celebración de Nuestra Señora de la Peña en Vila Velha (Brasil) reunió a más de 2,7 millones de devotos a los pies de la imagen de la Virgen María del 31 de marzo al 8 de abril.

El evento, que tiene lugar desde hace 454 años, superó las expectativas de los organizadores, que contabilizaron más de 1,2 millones de peregrinos que recorrieron en un solo día el trayecto comprendido entre la catedral de Vitoria y el convento de la Peña, 250.000 asistentes en la misa solemne de clausura de la fiesta, once romerías y más de medio centenar de celebraciones eucarísticas en alabanza a la patrona.



Ot (CC BY-SA 3.0)

Abadía austriaca cumple novecientos cincuenta años

El monasterio de Admont, en la región austriaca de Estiria, ha iniciado las festividades por el 950 aniversario de su fundación. La abadía, erigida en 1074 por el arzobispo de Salzburgo, Mons. Gebhard von Salzburg, y patrocinada por la condesa de Friesach-Zeltschach, Santa Emma von Gurk, alberga casi mil años de tradición monástica benedictina ininterrumpida.

Abriendo las conmemoraciones de este hito histórico, fue celebrada una misa solemne por el abad del monasterio, Dom Gerhard Hafner, OSB, e inaugurada una exposición titulada *950 años de un monasterio vivo*.

Entre oración y trabajo: imás de setenta años de chocolate!

La historia de la abadía cisterciense de Nuestra Señora de Castagniers, Niza (Francia), comenzó hace 160 años con una joven de la Provenza, Marie-Bernard Barnouin, que congregó a un grupo de mujeres deseosas de consagrarse a Dios ofreciéndole, según la regla de San Benito, trabajo y oración.

Actualmente, las catorce monjas de esta comunidad son conocidas localmente como «las hermanas del chocolate» gracias a la tradicional manufactura de derivados del cacao que conservan como parte de sus actividades diarias desde 1950. En el largo recorrido desde su fundación, la comunidad ha pasado diversas vicisitudes, dificultades y éxitos, a los que hoy acrecienta las dulzuras del chocolate, elaborado por amor a Dios.

Un burro... ¡burro de verdad!

Inesperadamente lo sacaron del establo y lo llevaron a la plaza principal. Su sueño parecía que se hacía realidad, ¡antes inclusive de lo previsto!



✦ Andrea Tabares López

«**i**Uf! ¡Por fin ha terminado la guerra! He sufrido mucho más que los caballos de los soldados. Además, llevando a lomos litros de agua todos los días... ¡El héroe soy

yo! Si no fuera por mí, todos habrían muerto de sed», decía Empinado, un burrito de carga llamado así porque caminaba con las orejas estiradas y el hocico siempre erguido.

El imponente, fuerte y alto caballo del general, portando una hermosa insignia dorada otorgada al más valiente e intrépido equino en combate, le contestó de arriba abajo:

—Si realmente eres el héroe que dices ser, ¿dónde están tus medallas, tus trofeos o, al menos, tus cicatrices y heridas gloriosas?

—¿No las estás viendo?! —le interpelló levantando aún más las orejas—. Tengo una grande y profunda marca en mi espalda de los arreos que me colocaban, todos los días, con dos galones de agua pesadísimos, colgados uno a cada lado. Además, mis patas están desgastadas por el largo trayecto que tenía que recorrer, sin descanso, transportando provisiones. Es evidente que esto merece una recompensa mucho mayor que la tuya, pues tú has llevado a un hombre incomparablemente más ligero que mi carga.

Dirigiéndose a sus ilustres compañeros, el caballo

del general proclamó con aire burlón:

—Amigos míos, ¿habéis visto cómo han tratado injustamente a este animal? Las hazañas que acabamos de escuchar, realizadas por él, realmente merecen el más grande de los premios, digno de un auténtico... burro: ¡una nube de polvo!

Dicho esto, todos empezaron a mover sus cascos alrededor de Empinado, de modo a envolverlo en una espesa nube de polvo. Luego se marcharon entre risas y relinchos, dejándolo solito en el establo. Ahora bien, no por eso dejó el burro de hacer honor a su apodo...

«Ninguno de ellos reconoce mi valía. Pero ¡no importa! Sé que los seres humanos sí, ¡me aprecian! Ya he oído muchas veces llamarle un hombre a otro “burro” para felicitarlo. ¡Es el mejor elogio que un ser racional puede recibir! También sé que “caballo” es el peor insulto para ellos... Tarde o temprano seré recompensado, y así demostraré mi superioridad sobre esta panda de “caballos”».

Inmerso en estos pensamientos, o mejor dicho, en estas alucinaciones, Empinado se quedó dormido.

Al día siguiente, bien temprano, lo sacaron inesperadamente del establo y lo llevaron a la plaza principal de la aldea. El sueño de ser galardonado y aclamado por todos parecía que se es-



Con el hocico siempre erguido, Empinado se sintió tratado injustamente ante los caballos de guerra. Tarde o temprano, todos reconocerían su valía

taba realizando incluso antes de lo previsto: lo revistieron con una hermosa capa plateada, toda ella adornada con piedras preciosas de los más variados colores; le calzaron unas delicadas botas de cuero, cuya parte superior estaba envuelta en piel de armiño, y, finalmente, le colocaron en su lomo una magnífica caja de oro que contenía en su interior algo muy valioso que el burrito no conocía, pero que creía que era su tan anhelado premio.

Poco después, gente de todas las clases sociales y animales de todas las especies empezaron a llenar la plaza. Una enorme alfombra roja fue extendida desde donde se encontraba Empinado hasta la entrada de la catedral, situada a varios metros. Sus orejas nunca habían estado tan erguidas como en aquella ocasión.

«Seguramente —pensó para sí—, las autoridades del ejército reconocieron mi heroísmo y ahora me recompensarán tamaña muestra de lealtad coronándome dentro de la catedral. Seré el rey no sólo de los burros, sino de todos los animales de la región. Ahora sí, ese caballo pretencioso va a ver quién merece verdadera admiración.

Al mediodía un toque de trompetas anunció el comienzo de la ceremonia, y un incontable número de soldados, precediendo al burro, iniciaron la marcha hacia la catedral. Según iba pasando, el público, emocionado, lanzaba rosas y aplaudía. No cabiendo en sí de orgullo, Empinado miraba de un lado a otro, movía el rabo y, por supuesto, mantenía el hocico y las orejas muy erguidas. Su arrogancia, sin embargo, alcanzó el auge cuando vio a sus adversarios, los caballos, de cara al centro e inclinándose ante su paso.

¡No podía ser mejor! Ningún cuadrúpedo en la historia había recibido tanta gloria y honor como él. Entonces, subió la escalera principal; su corazón latía cada vez más rápido a medida que se acercaba al pórtico del templo. Finalmente, las puertas se abren. ¿Para él? No...



Ilustraciones: Elizabeth Bonyun

Ya casi estaba por entrar en la catedral cuando Empinado fue conducido a una zona lateral, despojado de la vestimenta lujosa y dejado al sol. Por primera vez, bajó sus orejas y elevó su corazón, lleno de amor a su Creador

Un respetable anciano, vestido con un atuendo deslumbrante y portando en su mano derecha un hermoso cayado de punta redondeada, tomó de los lomos de Empinado la preciosa caja y entró al recinto sagrado junto con todos los presentes. A lo lejos se oían sonidos de trompetas, himnos gloriosos, acordes de órgano. El burro, no obstante, fue llevado a una zona lateral por un criado, que lo ató a la verja, le quitó toda la lujosa vestimenta y lo dejó expuesto al calor del sol.

Pero... ¿y la corona? ¿Para quién eran las rosas, las palmas, las reverencias y aclamaciones? ¿No eran por el magnífico, incomparable y heroico Empinado?

—Hermanos míos —proclamó una voz grave y pausada, procedente del interior de la catedral—, estamos reunidos aquí para introducir solemnemente estas preciosísimas reliquias de nuestro santo patrón, en señal de agradecimiento por su protección y por la victoria que, por su intercesión, Nuestro Señor Jesucristo nos ha alcanzado en esta terrible guerra...

Pues no, todo aquel homenaje no iba dirigido a Empinado, sino al santo patrón de la ciudad y, por su interme-

dio, al Rey de reyes y Señor de señores. ¿Cómo compararse con alguien infinitamente más grande?

El burro se dio cuenta entonces de lo equivocado que estaba. Ahora veía claramente lo que antes el orgullo le había impedido comprender: era un simple animalito de carga, que había sido muy «burro», todo hay que decirlo, al elevarse a la categoría del más valiente de todos. Y aunque fuera el mejor entre los burros, esto no venía de él, sino de su Creador, quien le había concedido ese día la gracia inmerecida de llevar a lomos un valioso tesoro, así como la de reconocer su humilde condición.

El obispo prosiguió:

—En efecto, no es la destreza del soldado ni la velocidad del caballo lo que garantizan la victoria. Ésta depende de Dios, que únicamente la concede a quienes reconocen su propia insuficiencia y debilidad. No seamos insensatos al pensar que el éxito ha venido por causa nuestra; todo lo que somos y tenemos ha sido dado por el Todopoderoso.

Así, por primera vez en su vida, el burro bajó las orejas y elevó su corazón, lleno de amor y adoración, hacia el Creador. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. **San Justino**, mártir (†c. 165 Roma).

San Aníbal María Di Francia, presbítero (†1927). Fundó la Congregación de Rogacionistas del Corazón de Jesús y la de las Hijas del Celo Divino, con la misión de rezar por las vocaciones sacerdotales.

2. **Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.**

Santos Marcelino y Pedro, mártires (†304 Roma).

San Eugenio I, papa (†657). Sucedió a San Martín I y combatió, como él, la herejía de los monotelistas.

3. **San Carlos Lwanga y doce compañeros**, mártires (†1886 Kampala, Uganda).

Santa Clotilde, reina (†545). Gracias a sus oraciones y a su celo apostólico logró la conversión de su esposo Clodoveo, rey de los francos, y de todo el reino.

4. **San Francisco Caracciolo**, presbítero (†1608). Fundó en Nápoles, Italia, la Congregación de Clérigos Regulares Menores, estableciendo entre ellos, además de los votos de pobreza, obediencia y castidad, el de no aceptar dignidades eclesíásticas.

5. **San Bonifacio**, obispo y mártir (†754 Dokkum, Países Bajos).

San Doroteo, obispo y mártir (†s. IV). Siendo aún sacerdote, sufrió mucho durante la persecución de Diocleciano, pero logró sobrevivir hasta los 107 años, cuando fue martirizado en Tiro, Líbano, durante el reinado de Juliano.

6. **San Norberto**, obispo (†1134 Magdeburgo, Alemania).

San Rafael Guízar Valencia, obispo (†1938). Prelado de Vera-

cruz, México, que ejerció con valentía su ministerio episcopal en tiempos de persecución.

7. **Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.**

Beata Ana de San Bartolomé, virgen (†1626). Carmelita descalza, discípula y confidente de Santa Teresa de Jesús, dotada de dones místicos.

8. **Inmaculado Corazón de María.**

Beato Nicolás de Gesturi, religioso (†1958). Sacerdote capuchino del convento de Cagliari, Italia. Siempre dispuesto a ayudar a los indigentes, animó a muchos otros a practicar la caridad hacia los pobres.

9. **X Domingo del Tiempo Ordinario.**

San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia (†373 Edesa, Turquía).

Beato Roberto Salt, monje y mártir (†1537). Cartujo encarce-

lado durante el reinado de Enrique VIII de Inglaterra. Murió de hambre en prisión.

10. **Beata Diana de Andaló**, virgen (†1236). Pronunció sus votos en manos de Santo Domingo de Guzmán y, superados todos los obstáculos puestos por su familia, ingresó al monasterio dominico de Santa Inés, en Bolonia, Italia.

11. **San Bernabé**, apóstol.

Santa Paula Frassinetti, virgen (†1882). Fundadora de la Congregación de las Hermanas de Santa Dorotea, dedicada a la formación de las jóvenes cristianas.

12. **San Gaspar Bertoni**, presbítero (†1843). Fundó en Verona, Italia, la Congregación de las Santas Llagas de Cristo, integrada por misioneros al servicio de los obispos.

13. **San Antonio de Padua**, presbítero y doctor de la Iglesia (†1231 Padua, Italia).

San Eulogio, obispo (†c. 607). Patriarca de Alejandría, combatió vigorosamente las herejías de su tiempo, especialmente el monofisismo.

14. **Beata Francisca de Paula de Jesús**, laica (†1895). Hija y nieta de esclavos, conocida como *Nhá Chica*. Dedicó toda su vida a la oración y al servicio de los más necesitados, en Baependi, Brasil.

15. **Santa María Micaela del Santísimo Sacramento**, virgen (†1865 Valencia, España).

San Bernardo de Menthone, presbítero (†1081). Siendo arcediano de la diócesis de Aosta, Italia, vivió durante muchos años en las cumbres de los Alpes. Fundó allí un famoso cenobio y dos albergues para acoger a los peregrinos.



Santa Teresa de Portugal - Monasterio de Santa María la Real, Oseira (España)

16. XI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Aureliano, obispo (†551). Prelado de Arles y vicario del papa Virgilio para la Galia, fundó en su diócesis un monasterio masculino y otro femenino, dándoles una regla escrita por él.

17. Santa Teresa de Portugal, reina (†1250). Hija del rey Sancho I de Portugal, casada con Alfonso IX, rey de León. Tras la muerte de su marido, ingresó en el monasterio cisterciense que había fundado en Lorvão.

18. San Calógero, eremita (†s. V). Vivió como anacoreta en las proximidades de Sciacca, Italia.

19. San Romualdo, abad (†1027 Marcas, Italia).

Santos Remigio Isoré y Modesto Andlauer, presbíteros y mártires (†1900). Sacerdotes de la Compañía de Jesús asesinados durante el Levantamiento de los bóxers en la provincia de Hebei, China.

20. San Juan de Matera, abad (†1139). Fundó en la región de Gargano, Italia, la Congregación de Pulsano, bajo la observancia de la regla benedictina.

21. San Luis Gonzaga, religioso (†1591 Roma).

San Raimundo de Barbastro, obispo (†1126). Era canónigo regular de la iglesia de San Severino, en Toulouse, Francia, cuando fue nombrado obispo de Barbastro-Roda, España.

22. San Paulino de Nola, obispo (†431 Nola, Italia).

Santos Juan Fisher, obispo, y **Tomás Moro**, mártires (†1535 Londres).

Beato Inocencio V, papa (†1276). Habiendo recibido el há-

bito dominico y enseñado Teología en París, fue nombrado obispo de Lyon y posteriormente elegido Papa. Se esforzó por unir a la Sede Romana las Iglesias separadas.

23. XII Domingo del Tiempo Ordinario.

Beata María Rafaela Cimatí, virgen (†1945). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Misericordia para los Enfermos, demostró gran caridad en la asistencia a los enfermos y a los pobres.

24. Natividad de San Juan Bautista.

San José Yuan Zaide, presbítero y mártir (†1817). Sacerdote cruelmente estrangulado por odio a la fe en la provincia china de Sichuan.

25. Beata Dorotea de Montau, viuda (†1394). Tras la muerte de su marido, se encerró en una celda construida junto a la pared de la

catedral de Marienwerder, en la actual Polonia, dedicándose a la oración y a la penitencia.

26. San Pelayo, mártir (†925 Córdoba, España).

Beato Santiago Ghazir Haddad, presbítero (†1954). Capuchino libanés, fundó la Congregación de las Hermanas Franciscanas de la Cruz del Líbano, para asistencia de los enfermos y huérfanos.

27. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor de la Iglesia (†444 Alejandría, Egipto).

Santa Margarita Bays, virgen (†1879). Terciaria franciscana de Friburgo, Suiza, que, sin descuidar jamás la vida de oración, se dedicó incansablemente a diversas obras de apostolado seglar.

28. San Ireneo, obispo y mártir (†c. 202 Lyon, Francia).

Santa Vicenta Gerosa, virgen (†1847). Junto a Santa Bartolomea Capitano, fundó el Instituto de las Hermanas de la Caridad en Lovere, Italia, destinado a las obras de misericordia.

29. Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, apóstoles.

Beato Raimundo Lull, mártir (†1316). Terciario franciscano de gran cultura y eminente doctrina, se esforzó en predicar el Evangelio a los musulmanes del norte de África.

30. XIII Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Protomártires de la Iglesia de Roma (†64 Roma).

Santa Erentrudis, abadesa (†c. 718). Nombrada por San Ruperto superiora del monasterio de Nonnberg, Austria, introdujo la regularidad monástica y mejoró la vida de oración, de la que fue un ejemplo.



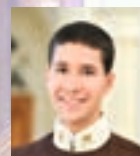
Jan-Herm Janßen (CC by-sa 4.0)

San Luis Gonzaga - Iglesia dedicada a él en Nortrup (Alemania)

Plinio y el Corazón de Jesús

El santuario del Sagrado Corazón de Jesús lo vio crecer y recibir allí, desde muy temprano, gracias decisivas para la realización de su misión.

✠ Javier Antonio Sánchez Vásquez



Situado en la ciudad de São Paulo, en el barrio de los Campos Elíseos, el santuario del Sagrado Corazón de Jesús merece una mención especial entre los templos católicos brasileños.

Los orígenes del edificio se remontan a 1881, cuando, al cuidado de los vicentinos, se colocó la primera piedra de una capilla. Dos décadas más tarde, bajo la administración de la Congregación Salesiana, se inauguró el templo tal y como hoy se conoce, cuyo estilo, neoclásico, imita con éxito el de la iglesia homónima construida por San Juan Bosco en Roma.

La vinculación entre este santuario y el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira es muy estrecha.

A lo largo de su infancia y adolescencia, Plinio asistía allí los domingos a la santa misa, con sus padres y su hermana. Y en esta bendita iglesia fue donde recibió gracias extraordinarias, decisivas para su vocación, desde su niñez.

Cuando tenía tan sólo 5 años, estando ante la imagen del Corazón de Jesús situada en un altar de la nave lateral izquierda, discernió, según sus propias palabras, el alma de Nuestro Señor. El pequeño Plinio comprendió entonces que en el divino Maestro «estaba la síntesis, el modelo más elevado, que reunía toda la bondad y verdad que veía en las demás almas, todas las bellezas diseminadas a su alrededor».¹

A partir de ese episodio, toda su existencia quedó marcada con el sello del Sagrado Corazón de Jesús. Cristo se convirtió en punto de referencia y culminación de su pensar y obrar.

Fue también en este templo donde el Dr. Plinio empezó a tomar contacto con la Iglesia como institución: «Entraba allí y tenía la impresión de que toda la doctrina, todo el espíritu de la Iglesia Católica me envolvía»,² afirmó en una conferencia a sus jóvenes discípulos.

En la nave lateral derecha del recinto se encuentra una imagen de María Auxiliadora, tallada en mármol blanco. Ante ella, a los 12 años, recibió una de las mayores gracias de su larga peregrinación en esta tierra. En medio de una enorme aflicción, se sintió tan acariciado por la Madre de Dios que, según él mismo cuenta, permaneció tranquilo para toda su vida. A los pies de esta imagen, Plinio inauguró para sí y para todos sus seguidores una vía espiritual singular de un confiado abandono a la Santísima Virgen.

La torre del santuario se eleva a 62 metros de altura, y sirve de pedestal a una imponente imagen de Cristo Redentor, con los brazos abiertos. Un Sábado Santo, cuando la celebración de la Pascua todavía se realizaba por la mañana y no por la noche, el joven Plinio subió a lo alto

de la torre. Las campanas comenzaron a sonar anunciando la victoria del Resucitado y enseguida se escucharon las campanas de otras iglesias haciéndose eco de la noticia triunfal. Los fieles acudían a los templos católicos para unirse a la celebración litúrgica y Plinio, desde lo alto de la torre, uno de los tres puntos más elevados de la São Paulinho de entonces, tenía la impresión de ver descender las bendiciones celestiales sobre la ciudad, impregnando el ambiente de la alegría pascual.



Plinio en 1912

¡Cuántos hechos más podrían ser narrados aún!... Lo cierto es que no logramos calcular de cuánto significado se revestía el santuario del Corazón de Jesús para el Dr. Plinio. En efecto, a la luz teñida por los sencillos vitrales de ese majestuoso templo, vio florecer en su alma un ardiente amor a Jesús, una filial devoción a su Santísima Madre y una profunda veneración a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. Allí sacó fuerzas para las batallas que le esperaban, como comentó años después:

«La iglesia del Sagrado Corazón de Jesús es muy envolvente, muy maternal, muy afable, muy tranquila... No tiene prisa, [...]. Busca envolver; es acariciadora, como diciendo: “Hijo mío, sufriste mucho, todavía tienes que sufrir, pero acéptalo bien. Te ayudo a sufrir, así es la vida... Pero mira al Cielo... ¡Estoy llena de Cielo!”».³ ✦

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldo del Evangelio, 2016, t. I, p. 240.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 25/2/1984.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 17/4/1988.

Altar lateral del Sagrado Corazón de Jesús,
en el santuario de esta advocación en São Paulo

Pureza combativa y serena

La hagiografía y la iconografía católicas nos presentan a San Antonio de Padua como un varón de extrema placidez y de una ordenación de alma que se refleja incluso en los armoniosos pliegues de su hábito franciscano. La invariable compostura de su ropa es una especie de sismógrafo de la ordenación de su mente extraordinaria.

En la punta de sus delgados labios tiene listas las respuestas que le convirtieron en el magnífico defensor de la fe contra las herejías.

En toda su persona resplandecen la pureza, la castidad y la serenidad del santo que tanto hizo a favor de la gloria de Dios.

Plinio Corrêa de Oliveira

